

# Alfa Eridiani

*Revista de Ciencia-Ficción*



ISSN 1695-1859

**Tercera época, N° 19**  
**Abril - Junio 2013**

ALFA ERIDIANI es una revista de ciencia-ficción, sin ánimo de lucro y cuyo único fin es la difusión cultural.

#### **Normas de publicación:**

Cualquier colaboración relacionada con la ciencia-ficción siempre será bienvenida en [alfaeridiani@yahoo.es](mailto:alfaeridiani@yahoo.es). Cuando envíes un texto, ya sea relato, ensayo o poesía, recuerda que en el interior del texto que envíes debe figurar tu nombre y apellidos. La colaboración ideal no debe superar las doce mil palabras. Solemos contestar en el plazo de dos meses. Pasados éstos, considera que hemos desestimado tu obra.

**Edita:** Asociación Alfa Eridiani.

**Comité de Redacción:** José Joaquín Ramos de Fco., Graciela I Lorenzo, José Ángel Menéndez, Daniel Yagolkowski, Adriana Alarco de Zadra, Sergio Bayona y Javier J. Arnau.

**Colaboradores:** Iñigo Fernández.

**Traductores:** Adriana Alarco de Zadra.

**Ilustrador de portada:** Sergio de Amores.

**Infografía portada:** Sergio Bayona.

**Resto Ilustraciones:** Sue. Giacomani, Olga Appiani, William Trabacilo, Pat Solaria.

#### **Aviso Legal Importante:**

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en ALFA ERIDIANI para difundirla por Internet. No obstante, los derechos sobre el conjunto de ALFA ERIDIANI y su logo son © de la Asociación Alfa Eridiani.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de ALFA ERIDIANI.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

## **ÍNDICE:**

**EDITORIAL** .....3

### **CUENTOS:**

Del Roce del Tiburón por Martha Elisa Camacho Alcázar ..... 4

La libélula por Blanca Mart ..... 25

### **NOVELAS:**

Oxígeno y Aromasia. Capítulo XIX: la poesía de la naturaleza y el almidón por Claës Lundin. Traducción: Adriana Alarco de Zadra. .... 34

Crónicas de las Tierras Mestizas. Segunda parte: El guardián de nuestros hijos. Capítulo 6.1: Jardín bulboso. Macizos por Javier Cosnava..... 40

### **POESÍAS:**

Melodías de metal y huesos por J. Javier Arnau..... 55

Me gustaría por Carlos Enrique Saldivar Rosas ..... 58

### **ARTÍCULOS:**

Las cinco grandes utopías del siglo xx (y 5): Fahrenheit 451 por Pé de J. Pauer..... 61

La dualidad hombre-bestia presente en *El otro engendro* de Carlos S aldivar por Charly Martínez Toledo..... 67

### **ENTREVISTAS:**

Entrevista a Fabián Álvarez López por José Joaquín Ramos..... 71

**ZONA DE DESCARGA:** <http://www.alfaeridiani.com>

**E-MAIL DE CONTACTO:** [alfaeridiani@yahoo.es](mailto:alfaeridiani@yahoo.es)

**FACEBOOK:** <http://www.facebook.com/pages/Alfa-Eridiani/226578536318>.



## EDITORIAL

**E**stimados amigos:  
Una vez más acudimos a vuestras pantallas con un nuevo número de Alfa Eridiani.  
Esperamos regularizar nuestra presencia en la red cada dos meses. Crucemos los dedos para que los hados nos acompañen.

*Del roce del tiburón* de **Martha Elisa Camacho Alcázar** inicia la sección de cuentos. Nos encontramos con un relato que se desarrolla en el presente pero en el que la humanidad se puede comunicar con los tiburones. Cierra la sección *La libélula* de **Blanca Mart**, una *space ópera* clásica en la que dos aventureros sin escrúpulos intentan realizar contrabando en Venus con un peculiar producto.

*Oxígeno y Aromasia* de **Claës Lundin** abre la sección dedicada a las novelas. En capítulos anteriores veíamos los intentos desesperados de Oxígeno por atraer a su lado a Aromasia. Incluso llegó a comprar una sustancia que le hacía invisible. En el presente capítulo veremos algunos aspectos nuevos de la sociedad sueca que Claës imaginó para el futuro. En capítulos anteriores de *Crónicas de las Tierras Mestizas* de **Javier Cosnava** habíamos visto que los enfrentamientos soterrados entre humanos y Loo o las conjuras de Bakhenkonsu sólo han servido para traer la muerte y la desgracia a la Tierra Mestiza. Pleamar es ahora Reina y la Sociedad Genética está a punto de mostrar su verdadero rostro, al tiempo que el príncipe Bakenkhonsu y Neheb no han dicho aún su última palabra. Todos los peones están aún en el tablero y el juego continúa.

Ya en la sección de poesías tenemos *Melodías de metal y huesos* de **Javier Arnau**, obra que nos relata los cantos de los marinos espaciales en un futuro en el que la humanidad se ha liberado de los robots. *Me gustaría* de **Carlos Enrique Saldivar** es un poema apasionado de amor interestelar.

En la sección de artículos nos vamos a encontrar sendos ensayos sobre otros tantos artículos. El primero está a cargo de **Pé de J. Pauner** en el que nos analiza *Farhenheit 451*, la famosa distopía de **Ray Bradbury**. El segundo artículo **Charly Martínez Toledo** analiza la obra *El otro engendro* de **Carlos Saldivar**, publicado por esta misma editorial. Quien quiera descargárselo puede hacerlo desde: <http://alfaeridiani.blogspot.com.es/p/ebooks.html> (PDF) y <http://alfaeridiani.blogspot.com.es/p/blog-page.html> (EPUB).

En este número inauguramos la sección de Entrevistas con una a **Fabián Álvarez López**. En ella nos habla de su proceso creativo, las influencias que ha recibido y otras muchas cosas.

Y como siempre, esperamos que disfrutéis los contenidos de la revista.

El Equipo Editorial



# CUENTOS

## DEL ROCE DEL TIBURÓN

por Martha Elisa Camacho Alcázar

Nos ocupamos de buscar gente Allá Afuera. Y quizá las respuestas a una inteligencia diferente de la nuestra están aquí mismo, con mejores armas para sobrevivir y sin ninguno de nuestros prejuicios, necesariamente humanos. El aire es mal conductor de la electricidad... el agua no. Y la de nuestros océanos, a cierta profundidad, es fría y densa, con los iones correctos, los minerales precisos, la química exacta. Un buen medio. Pero se dice del mar que es un lugar tan *inestable* o *caótico* como para que pueda generar inteligencia... la lógica, a veces, engendra monstruos... ¿Qué haría un ser dotado de campos electromagnéticos, para hacernos dar cuenta de que no somos los más inteligentes del planeta? Y... cuando nos demostrara quiénes son los auténticos y despiadados animales, ¿qué haríamos nosotros?

*Para Ime, quien murió cuando Cristián le negó la transfusión que necesitaba desesperadamente. El Buda le guíe compasivamente en su pesoso y duro camino hasta el Nirvana. Nuestra oración le acompañe y disminuya su karma. Namasté.*

*Para el doctor Joseph Sisneros del equipo de Neuroetología de los Peces, en el Departamento de Psicología de la Universidad de Washington, quien me asesoró sobre la base científica de este cuento.*

### 1

Cenmaro sintió el leve cosquillear en sus sienes. Kuhaimoana no le quitaba los ojos de encima, y eso lo ponía nervioso. Con un solo tiro terminó con las espirales de reproducción de cada virus. Giró sobre sí mismo; el agua estaba fría, pero ello no le impidió sudar. De dos disparos más, la estructura esferoide que amenazara con envolverlo se desintegró totalmente. La pantalla virtual desapareció y Cenmaro se encontró flotando en la realidad, en mitad del océano. Un blanco móvil flotaba sobre él. Redirigió sus sensores, las agallas de implante sorbieron agua salada y comenzó a temblar.

—¡Bien! Ahora, concéntrate en el peso —el oleaje oscureció su vista, por instantes.

—No veo los blancos.

—No tienes que verlos... sólo intenta *sentirlos*.

Cenmaro ajustó sus guantes de redmalla; el choque eléctrico fue espeluznante



al extender los dedos, pero estaba acostumbrándose a recibirlos. La traducción le dijo todo lo que necesitaba saber; el cuerpo sobre él, las largas piernas sobresalientes del traje de baño rojo, tenían más miedo de su aparición que de intentar hacerse su amigo

—Increíble...

—Menos mal que te das cuenta... el miedo siempre se siente como un choque. El rechazo, como un golpe seco. Después, podrás leer el terror y al final, cada uno de los pensamientos, por sutiles que éstos sean, cómo se forman, neurona a neurona. Y cuando sepas la verdad, entonces podrás decidir si vale la pena atacarle o no...

—Es poco tiempo.

—No te dan otro camino. A veces, te das cuenta de que sólo te miran como a un animal y puedes decidir jugar con ellos o topetearlos con la nariz... el frío del agua ayuda mucho más que lo que ustedes piensan, Cenmaro...

La voz de Sagrario llegó a ellos casi instantáneamente

—Suban...

Cenmaro soltó un largo chorro de burbujas, molesto. Kuhaimoana permaneció indiferente, aunque sus ojos de tiburón se permitieron un guiño. A ambos les gustaba entrenar en el fondo.

—Estas interrupciones son una joda... —murmuró Cenmaro.

Uno, de un solo coletazo y el otro, de varios golpes de las alargadas aletas, llegaron al borde de la plataforma en medio de lentas olas.

—¿Qué pasa ahora? —Kuha sacó el morro sobre la superficie, manteniendo las agallas en el agua. Cenmaro mordió la boquilla del snorkel, riéndose en voz baja de modo que la bióloga no lo notara.

Era quien estaba al mando, según el reglamento, pero temía a los tiburones y a Kuhaimoana le gustaba ponerla en evidencia. El inaudible silbido ultrasónico del sharkiés retumbó en los audífonos de Sagrario. Y es que el tiburón permanecía de costado.

—... No es cosa mía.

Cenmaro se acercó al borde de la plataforma y salió de un solo salto a la rampa, diseñada para delfines. El enorme *Carcharodon Charcharius* no tardó en seguirlo de igual forma.

Sagrario saltó hacia atrás, tropezándose con el anciano en uniforme, en la silla automática. Felipe Makani sonrió, negando con la cabeza; habló en hawaiano, sabiendo que el tiburón le comprendería perfectamente.

—¿Estás jugando conmigo, TiburónBueno? —ante el sonido de su idioma natal, Kuhaimoana frunció una de sus blancas cejas. Felipe lo conocía bien.

—No, Makani. Me molesta que nos interrumpas; Cenmaro no está bien entre-



nado todavía. Se asusta de ver a un bañista... aunque sea tu estúpido muñeco del traje rojo. Y no acabaremos jamás si estamos subiendo a cada rato.

—¿Y la pantalla virtual?

—Destruyó nueve de diez blancos... pero es joven, apenas tiene dieciséis años. Sagrario le implantó las agallas hace dos semanas, está usando la redmalla de Pireo... no ha dejado de progresar, si eso es lo que quiere saber. Le tiene miedo al agua y tose de vez en cuando... pero eso es hormonal. Podremos controlarlo... si dejan de llamarnos acá arriba.

—Un ser humano suele morir de frío en el agua, TiburónBueno.

—No, si permanece bien comido.

—Los simbiones son insuficientes para surtirlo de oxígeno. Se ahogará.

—Denle mandíbulas y sangre verde. Denle agallas tuyas, general, no sólo equipo. Déjenlo crecer como lo que es y no como humano...

Felipe miró al sol, que comenzaba a desviarse hacia la tarde.

—Sigue entrenándolo, TiburónBueno... y entonces, te diré cuál es tu objetivo. ¿No vine a ver algo que ya sé, cierto?

Kuhaimoana se permitió suspirar. Los seres humanos daban vueltas sobre cualquier asunto, en vez de lanzarse directo a él y despedazarlo de una sola dentellada, llevándolo a fondo sin trámite alguno. Y lo hacían así porque consideraban la Manera Kuhu, los modos de Tiburón, un verdadero salvajismo. Felipe soltó la risa; sabía que el escualo frente a él no podía leer su mente porque no estaba bajo el agua y que sin ella, no habría conducción del campo electromagnético. Dio una orden a la silla y ésta se inclinó, de modo que Felipe pudo rozar el agua con sus dedos.

La onda concéntrica que se desprendió de ellos dio al tiburón toda la información que necesitaba.

Irene.

Alzó el morro y dio un coletazo de impaciencia; sus ojos no podían enfocar bien fuera del agua, pero distinguió la forma de la biomatemática, en el portal de la plataforma, vestida de rojo.

*Ka'ahupahau.*

—Estúpido... —suspiró para sí mismo.

—Realmente lo fuiste, TiburónBueno... —Felipe soltó la carcajada.

Cenmaro, indiferente al diálogo, se quitaba las aletas y el equipo disociador, que le permitía respirar bajo el agua sin tanques. Retiró los tubos de la traqueotomía, dejando las agallas artificiales libres, las cuales protestaron por la falta de agua y las sumergió de inmediato; los animalillos se dirigieron silbando a su jaula. Cenmaro taponeó la cicatriz de su cuello. No sabía hawaiano así que le era inútil intentar comprender a Kuhaimoana fuera del agua. Miró a la doctora Irene



acercarse con la sonrisa en los labios, envuelta en el ajustado suit rojo... hasta que se dio cuenta de que no le sonreía a él y de que el gesto era de sarcasmo.

—Te lo merecías, tiburón; no hiciste nada, ni atacarme ni defenderme —la voz de ella fue suficientemente cortante.

—¿De dónde sacaste ese traje? ¡¡¡¡No pude leerte!!!!

—Pireo nos ordenó probarlo hace días pero te pasas vida perdiendo el tiempo... —señaló con la barbilla a Cenmaro, quien ahora veía el truco. Nunca hubo un muñeco vestido de rojo, había sido Irene quien les engañara.

—¡¡No puedes acusarme de nada, mujer!!

—¡Eres un mentiroso, igual que todos los machos de cualquier especie, tiburón!

—¡¡¡Y tú eres imposible!!! ¿¿Quieres que lo entrene o que esté a tu lado??

La mujer lo miró con indiferencia y le arrojó una lisa muerta.

—Cómete eso. ¿Te gusta la carne podrida? Anda, pedazo de animal salvaje, escualo idiota... disculpe, general Makani; ¿puedo retirarme?

Felipe asintió, sonriendo todavía bajo sus lacios bigotes, la morena faz de hijo de Pele.

—¡Wow! —silbó Cenmaro— Kuhaimoana... ¿dónde la conociste? ¡¡Vaya una chica!!

El coletazo que lo lanzó fuera del agua hecho un bulto de tuberías, aletas y traje de malla fue toda su respuesta. Eso no impidió a Cenmaro dejar de reír.

## 2

Inspiración. Retener diez segundos el sorbo de agua, hasta sacarle todo el oxígeno. Soltar el agua, despacio... Repetir. Las pulsaciones electromagnéticas corrían su cuerpo como un latir lento, al mismo ritmo de las olas del mar, de la respiración del planeta.

Kuhaimoana meditaba frente al altar de roca; la efigie del dios del que llevaba el nombre, un tiburón blanco de ojos verdemar, con un pescador sobre el lomo, aferrado a su aleta, pareció sonreírle. El Tiburón Bueno, el que ayudaba a los pescadores a encontrar sustento para todos y el que se llevaba a los ancianos al paraíso verdemar del fondo, para que viviesen felices, después de haber muerto, entre grandes placeres, jóvenes y hermosos de nuevo...

Irene estaba molesta con él y no sabía cómo resolverlo.

Kuhaimoana entrenaba a los humanos desde que el padre de Irene descubriera el código de pulsos electromagnéticos con los que se comunicaban. Parecía haber pasado más tiempo que el que podía recordar...

La piel del morro del tiburón es un escudo neural, una red formada por las pápulas de Lorenzini, ampollas de unos dos centímetros cúbicos de capacidad,



las cuales contienen un gel de glycoproteínas, un poderoso conductor de electricidad, concentrando microcantidades de sodio, potasio y los iones de cloro precisos para crear un campo eléctrico. Las pápulas están conectadas a la piel del morro por unos largos poros, forrados de un revestimiento conductor que en algunas especies contiene cobre y en otras, oro. Al nadar y entrar agua a los poros del morro, ésta proporciona la información justa del mundo exterior, usando el agua como conductor de su propio campo electromagnético.

Esa red, por su extensión, supera el tamaño y peso del cerebro, el cual es mas bien un coordinador de músculos y reflejos. Es como si llevaran la mente sobrepuesta, en vez de empacada en el cráneo.

Un tiburón lee a fondo a un ser humano, literalmente. En el primer barrido, ve su esqueleto, sus órganos, hasta sus enfermedades, como lo haría un scanner de ultrasonido o un resonador magnético. En el segundo barrido, sabría cuáles son sus capacidades natatorias, su velocidad, su condición física para defenderse. Y, en el tercero y final, el tiburón se enteraría de los más mínimos pensamientos, temores, ilusiones y sueños de un ser humano. Cada pulso representaba un ligero choque. Cada uno tardaba milisegundos. El último, generalmente, contagiaba ese pánico a los otros, a lo diferente, que hay en cada ser humano y era lo que muchas veces, precipitaba un ataque.

No era que el tiburón atacara en sí; era que se contagiaba de la misma locura que lo hacía creer, al igual que al humano, que habría que matar aquello siniestro que se ponía enfrente y que resultaba incomprensible.

Elías Tagri había descubierto la importancia de la red neural en la piel de un tiburón al medir su amplificación electromagnética con un sensor especial de campos virtuales, creado por su alumno, Jristós Pireo.

Estaba trabajando con él y Kuhaimoana, ayudados por el capitán Felipe Makani, militar y exchamán de Oahu, adscrito como voluntario para cuidar a los tiburones, cuando se dio cuenta de que el entonces joven tiburón podía cambiar el campo virtual a voluntad. De ahí a que la computadora hallase un código común, sólo fue cuestión de tiempo. Y Tagri no se habría enterado de no ser porque su pequeña hija, Irene, estaba sentada en el tanque, las piernas metidas en el agua, acariciando con su diminuto y blanco pie el morro del tiburón...

—¡¡Akahele, nana pono!! ¡¡Pono, nihi!!

Elías estuvo a punto de desmayarse al ver los pulsos en la pantalla, cintilando como si se tratase de una alarma. Luego, comprendió que Kuhaimoana sólo estaba ordenándole que cuidara mejor de su hija, cuando el computador convirtió los pulsos en letras y el dialecto restalló en los parlantes, desconcertándolos tanto a él como a Pireo. De no ser por Felipe, jamás se habría enterado que era hawaiano.

Pasaron casi setenta y dos horas antes de que los tres terminasen su primera conversación atropellada y creasen un código base, al que Elías llamó sharkiés, el idioma de los tiburones.



Y bautizar al Ejemplar 32 con el nombre del mítico dios tiburón, protector de los pescadores y de los niños, fue obvio hasta para Felipe. Elías alentó a su hija, la pequeña Irene –los cabellos manchados de rojo y café oscuro, los ojos rasgados y vivaces– a conversar con el tiburón y entre ambos cachorros se desarrolló una amistad que rayaba en la simbiosis. O al menos, eso creía el biólogo.

Kuhaimoana estaba enterado, por los isleños de su mar natal, de la importancia de los dioses que regían las aguas, el aire sobre ellas y la tierra creada por Pele. Y, por otro lado, Irene tenía los cabellos rojos de Ka’ahupahau, la mujer que se había convertido en tiburón, para pelear contra los tiburones tigre que se llevaban a los isleños al mar, desafiando las reglas de Pele.

Cuando la vio por primera vez, sus ultrafinos sensores le advirtieron del riesgo que corría la niña, al golpearle en el morro. Si él alzaba la cabeza, le cortaría los pies sin querer, pues los filosos dientes asomaban desde la mandíbula inferior, entreabierta para permitirle respirar... y el adulto junto a ella, estaba más ocupado en el extraño aparato que lo bombardeaba todo el día con señales que le producían irritación, que en cuidar de la pequeña.... pero eso estaba en el pasado.

Ahora, inmerso en la meditación, intentaba comprender algo que ni siquiera los de su especie habían logrado: ¿por qué diablos Irene era tan complicada?

La percibió mucho antes de terminar de hacerse la pregunta y giró en torno, a toda velocidad; la risa de la muchacha se perdió en las profundidades.

—¿Te asusté?

—Nada me asusta.

—Huy, cuánta valentía...

Ella nadó junto a él; Kuhaimoana podía leer los estados cambiantes de su mente.

—¿Por qué te enojaste?

—¿Y esos rodeos, TiburónBueno? ¿No se supone que lo sabes todo de mí?

—No me entrampes. Que pueda leerte no significa que comprenda las letras...

Irene descendió y se sentó en la roca que formaba la base del altar. Las piedras habían sido puestas ahí por uno de los trabajadores de la plataforma, en un esfuerzo por proteger a su familia, en la casa de la playa. Y dejaba tributo al Dios al menos una vez por semana, generalmente pollos, carne de cerdo y nueces de coco sin su cáscara.

—Desde que llegó Felipe, apenas si nos vemos... hemos dejado de escribir, de nadar, de leer. Estoy atrasada con los pasajes de la mitología de tu pueblo, con el Vocabulario de Sangre y con los rituales.

Usualmente, Irene no hablaría así con nadie humano. Pero el tiburón la había educado a la Manera Ku’hu; ir directo siempre. Y es cierto que los seres humanos se andan con rodeos.



Año XI. Número 19, tercera época. Abril-Junio 2013.

El tiburón percibía el disgusto en ella, claramente.

—A mí no me enoja que no puedas estar conmigo, todo el día en el agua. Yo no reclamo tanto espíritu de ti... y no soy un mentiroso ni un pedazo de animal. Tu padre me pidió que entrenara al muchacho de Felipe.

—Te lo pidió él y no yo. Tenemos un trabajo pendiente.

—Él inventó el código nuestro y no podríamos Hablar sin él. Es mi deuda.

—¡Esto es importante para que los demás aprendan el sharkiés!

—Tú les estás enseñando mi idioma.

—Nadie más iba a hacerlo... y no se trata sólo del Hablar.

—Lo sé. Pireo...

—¡¡Pireo es un idiota que cree que manteniéndonos separados tendrá una oportunidad!!

Kuhaimoana se habría encogido de hombros, de haberlos tenido.

—Yo los crío tiburones y ustedes me crían humano. Es Manera Ku'hu. ¿Qué te molesta de ello? —dirigió el morro hacia la luna, visible a través del agua— ¿No es la noche hermosa? ¿No está el agua fría? ¿No hay sangre en el agua?

Irene arqueó una ceja. Las últimas frases indicaban que todo era ideal, pero que ella estaba quejándose como una niña que aún no aprendiera las cosas.

—Kuha, Pireo es Hele y lo sabes... —ella estiró su mano y lo tocó. Hele, el TiburónMalo, rival de Kuhaimoana...

El roce equivalió a un golpe de muchos kilos, contra su erizada piel, tan parecida a la rádula de un caracol o la lengua de un gato, pero infinitamente más filosa. Si Irene lo acariciase a contrapelo, la piel de su mano se habría quedado ahí, desgarrada y sangrienta. Con cuidado, él se retiró.



—Sabes que te haré daño, Irene... no quiero que me toques.

Ella se acercó hasta quedar frente a él.

Hija de la Tierra, ojos de color imposible, cabellos de algas y medusas, piel azul clara...

El tiburón giró y se alejó de un par de coleta-

zos.

—No hay Manera Ku'hu para los relatos viejos, mujer... y en cuanto a lo demás, ese traje fue una trampa.



—Es un filtro que no deja que tus señales reboten. Me convierte en un trozo de agua, por eso Cenmaro sólo pudo leerme los pies. Y el susto era irreal, yo lo imaginé.

—¿Quieres decir que estabas mintiendo?

Ella sonrió, encantadoramente.

—¿No te diste cuenta? Entonces, funciona.

—¿Para qué quieres eso? No me dejará saber cuándo es un muñeco de prueba y cuándo se trata de un humano real, podría atacarte sin quererlo...

—Estoy segura de que no lo harías; debes identificarme. Pireo lo diseñó precisamente para entrenarte. Es parte de tu humanidad que sepas mentir...

—Eso va contra la Manera.

—Lo sé. Pero tu honestidad, que es tu fuerza, también es tu debilidad. Atacar no es siempre la mejor defensa, Kuhaimoana. A veces, tienes que ceder o hacer creer al enemigo que estás cediendo... ¿recuerdas a Ka'ahu pahau?

Kuhaimoana se permitió suspirar.

—Ya no creo en esas cosas, mujer.

—Tienen una base, Tiburón Bueno. Las leyendas, todos los mitos, todo lo que conforma la Manera Ku`hu o la manera humana, tienen alguna base real. Ka'ahupahau era mujer. Y volvió al mar, para defender a las personas. Fue la primera en hablar tu idioma y el nuestro... tiene que haberlo hecho de alguna forma.

—Pele lo permitió.

—Creemos que Pele lo permitió, porque ella es la creadora de la Tierra, aunque sea hija del mar y del fuego, eso no quiere decir...

—No averiguamos el significado, mujer; Pele lo quiso así y punto...

—Date cuenta, les hizo saber a los humanos que había algo en ustedes que nos permitía el Hablar... ¿cómo es posible que exista un dios tiburón que sea protector de los niños, en tu cultura y la de tus islas y no haya, por ejemplo, un Sher Hain, un tigre protector de los niños en la India? Tienes que hablarme más de ella, o no te diré cómo está hecho este traje y cómo puedes aprender a desenmarañarlo...

Kuhaimoana revisó en su memoria todo lo que recordaba más lo que el doctor Tagri le había hecho leer, sobre el planeta que habitaban. Su razonamiento siempre había sido lúcido, hasta que la niña, ahora mujer, tocara su morro. Trató de llegar a una conclusión y tuvo que decirlo, porque no estaba educado para los rodeos.

—Está bien, mujer. La Diosa era alguien como tú, una combinación de terquedad, desobediencia y fuerza... tu padre me dijo que en una etapa de su evolución, ustedes son como nosotros. No sé por qué les crecen brazos y pulmones en



vez de aletas y agallas, pero deben ser las órdenes que hay en cada semilla... ¿qué tiene eso que ver con la membrana de mentira que usas ahora? ¿Cómo es que puedes mentirme si somos iguales?

Irene sonrió, una vez más.

—Pensé precisamente en la diosa y por eso lo tejí de este tono... si era como dices, una mujer terca y fuerte, eso hizo que Kuhaimoana no la atacara y se la llevara para ser su esposa. Tuvo que ocurrir algo que la volvió a su estado de tiburón, como somos los humanos antes de nacer, sin que perdiese inteligencia, ni aprendizaje ni muriese...

—Tendría que saber mucho más, mujer.

—¡¡Deja de llamarme «mujer»!!! ¡¡Conoces mi nombre desde hace años!!!

El tiburón vio venir la explosión desde antes que ésta se manifestara, pero no podía detenerla.

—¿No somos lo mismo? ¿No es nuestra sangre salada igual que el mar?

El tiburón percibió a alguien más, nadando hacia ellos. Cenmaro reía, su rostro de niño y los ojos oscuros tan parecidos a los de un marrajo; el traje de redmalla lo volvía del mismo color grisáceo y las aletas de buceo profundo le daban casi la velocidad de uno. De paso, Cenmaro se había tatuado en el mentón el perfil de los dientes marrajos y parecía sonreír doblemente.

—¿Interrumpo algo?

Irene torció la boca y ascendió, dejándolos solos.

—Está enojada, eso se ve...

Cenmaro se dejó caer despacio, sobre el altar y sacó una manzana, que comenzó a comer a mordidas pequeñas. Kuhaimoana rió, de modo seco.

—Sigue comiendo esas cosas y acabarás teniendo el sabor de un cerdo...

—¡Hey! ¡¡Apenas si estoy aprendiendo a tragar aquí abajo, compañero!! ¿Qué te sucede? ¿Quién es ella?

Cenmaro consiguió tragar la manzana.

—Ella te trajo aquí...

—¿De qué diablos hablas? Yo vine voluntariamente... el general Makani me escogió sólo a mí, y me hicieron traqueotomía y todo eso.

Kuhaimoana se dio cuenta, en ese instante, cuánto le faltaba para llegar a una comprensión de lo humano. Sentía que si hablaba de Irene perdería algo de ella. Y no quería compartir eso con Cenmaro. Sin embargo, los campos le advirtieron que el humano sólo sentía curiosidad... aunque ese sentir podría cambiar en el siguiente momento. Eran inestables, absolutamente inestables.

—Es la doctora Irene Tagri, quien me ayudó a descubrir que podemos hablar con ustedes. Y su padre inventó el código que ahora usamos y programó mi computador.



El tiburón señaló el aparato con el morro. Cenmaro advirtió la enorme pantalla curva y el hueco bajo él, en vez de un teclado, cubierto de una red simétrica de puntos y comprendió; cada uno equivalía a una célula Lorenzini, que conectaba automáticamente al escualo a la biblioteca, al calculador e incluso a Internet. Hizo un gesto equivalente a un silbido.

—¿Y por qué dices que ella... que la doctora Tagri me trajo aquí?

Kuhaimoana dejó los ojos fijos, como ocurre antes de un ataque, percibiendo paranoicamente con todas sus células. Nadie había dicho a Cenmaro que no preguntara de más ni le hiciera perder la paciencia. Sorbió agua con calma; no era necesario atacar. Las señales en la mente del muchacho eran sólo de curiosidad.

—La conozco desde pequeña. Quiere enseñarme a ser humano; a cambio, les enseñaré a ustedes la Manera Ku'hu, a volverse tiburones, a nadar, a decir lo cierto... para hacerlo, tengo que hablar con otros como tú, para que ataquen de manera consistente y sin dudar...

La voz del tiburón, dentro de su cabeza, no era grave ni siniestra; parecía la de un hombre de unos cuarenta años.

Cenmaro asintió. Todo el asunto le parecía enormemente divertido. Se había ofrecido porque le encantaba nadar... y porque el ejército le mandaría a prisión, por consumir heroína, si no se ofrecía. Aceptó el hueco en su garganta, la dieta de proteína líquida, el ajustado traje gris de redmalla, y el permanecer empapado y frío la mayor parte del día. Últimamente, sólo dormía en tierra algunas horas e ignoraba si había más voluntarios.

—Y... ¿somos muchos?

—No puedo contestar eso; me lo prohíben.

—Oh, ya veo... y ella... ¿qué es de ti?

—No comprendo la pregunta.

—¿Cuál es tu relación con ella? ¿Es tu amiga, tu novia o algo así?

Kuhaimoana hizo el esfuerzo de recordar que estaba con un cachorro e imitó una sonrisa.

—Es mi igual. Su sangre es salada, como la mía. La quiero mucho. Temo perderla desde que la conocí...

Cenmaro se quedó boquiabierto. Así que a esto llamaban la Manera Ku'hu, el no mentir, el admitir de entrada todo lo que uno sentía ¡¡Vaya que les faltaba evolución a estos seres!! Él jamás habría admitido de primeras estar interesado en una chica y menos en una tan abiertamente grosera, sin importar su belleza. Y sí que era hermosa. Dentro de su enorme tamaño y siendo un tiburón de una especie considerada salvaje y peligrosa, Cenmaro se asombró de su ingenuidad.

—Pues la tienes difícil, compañero... se veía muy enojada.

—Lo está. Y lo está porque estoy cumpliendo sus órdenes... entrenarte. Leer mucho. Formarme humano... no comprendo su enojo.



Cenmaro se rió, si es que a treinta metros bajo el agua uno puede hacerlo.

—¡¡¡Vaya si eres un pelmazo!!! Es mujer, ¿por qué no lo entiendes? ¿Qué, nunca ha habido una señora Kuhaimoana por ahí?

El tiburón pestañeó, tratando de comprender.

—Ah, te refieres a apareamiento. Sí, ha habido varias... y mis hijos han nacido bien. Pero son Ku'hu, como yo. No tenemos esos problemas entre nosotros. Y no los teníamos antes; cuando era pequeña, bastaba que yo hiciera lo que ella me pedía y era feliz. El agua sabía a su sangre y el sabor era dulce, no como ahora, que es inerte...

Cenmaro se recogió el flotante y largo cabello con la diadema que traía en el cuello.

—Hagamos un trato, compañero; tú me enseñas esos giros que usaste para salir del agua y yo te enseño cuál es la diferencia entre una mujer y una niña... porque las niñas crecen, ¿sabes? Y cuando se convierten en mujeres ¡Uhh! ¡¡¡Son de lo más problemático!!!

### 3

El bajo de Mark Hoppus retumbaba en la plataforma, mientras Cenmaro se esforzaba en seguir la voz de Tom DeLonge:

*All the  
small things...*

Irene bajó el volumen de inmediato.

—¿Qué diablos pasa aquí?

Cenmaro soltó la guitarra.

—Lo siento... lo siento señ... doctora Tagri. Es Blink 182, es rock punk viejo, pero muy bueno... yo —de un salto, desconectó las bocinas del mp3.

Ella se le encaró y Cenmaro advirtió que era más alta que él por un buen tramo.

—¿Ves a ese tiburón en el tanque? ¡Es un ejemplar con muchos años de entrenamiento! ¿Qué pretendes? ¿Volverlo loco?

La risa del tiburón la interrumpió.

—Déjalo en paz, Irene; el chico sólo quería hacerme oír algo de su música.

Irene se volvió hacia el tanque; el altavoz en la pared era un traductor simultáneo en ambos sentidos.

—Es un muchacho, no quiero que le regañes...

—¿No «quieres»? ¿Desde cuando sabes elegir si quieres algo o no?

—Desde que Cenmaro me enseñó la diferencia entre una mujer y una niña...



*Ya la jodimos*, pensó Cenmaro cuando Irene lo miró como si fuese un pequeño insecto.

—¿¿¿Que él te enseñó... QUÉ???

—Que las mujeres son Ku'hu todo el tiempo, Irene. Y como los humanos son inestables, para cuando declaran la verdad, ésta ya ha pasado y por eso, la contradicen de inmediato. Eres más tiburón que yo... pero yo no soy más humano, por más esfuerzos que haga... ¿puedes decirle a Cenmaro que fue suficiente Blink por hoy? Estoy cansado y él también debe dormir...

Las últimas palabras de Kuhaimoana habían sido dichas en hawaiano e Irene se percató de la doble intención. Doble intención que no había logrado hacerle comprender. Con una sola seña, echó a Cenmaro de la sala de observación y redujo la iluminación, acercándose al tanque para apagar el comunicador.

—¿Estás sola?

La voz la sacó de su azoro. Acostumbrada al vibrar del tiburón, a la comunicación por roces y a los choques eléctricos, era raro que hablase con alguien más. Era Jristós Pireo.

El creador de la malla de intercomunicación –un filtro cuántico capaz de procesar teraquibits de información en un espacio reducido, con una tecnología de surcos tan parecida a una antigua cota medieval–, se acercó, cojeando. La sombra en la oscuridad permitió ver su perfil, el cabello rizado, canoso en las sienes, los ojos grandes, la nariz quebrada, la maligna sonrisa y la ausencia de una pierna. Su prótesis tildaba apenas audiblemente, pero el paso lo delataba más que otra cosa.

Kuhaimoana lo miró a través del cristal del tanque, invisible a sus ojos y, aunque no podía percibir sus emociones, rechinó los dientes; la sangre de aquel hombre tenía mal sabor. Y lo sabía porque había sido él quien le cercenase la pierna. Irene se acercó al tanque, inconscientemente buscando protección estando cerca del tiburón.

—¿Qué quiere, Jristós?

Éste soltó una risita torva.

—¿Se necesita ser un tiburón para poder estar contigo?

—Váyase...

—¿O...? —Jristós encendió las luces— eso es... me gusta verte así, tan asustada, lista para darte...

—¡Doctora Tagri! ¡¡Olvidé entregarle la jaula de agallas!!

La interrupción de Cenmaro no sólo enojó a Jristós; Kuhaimoana casi suspiró de alivio con la llegada del chico. Aunque Irene fuera alta y fuerte, Jristós disponía de insensibilizadores y otras porquerías y no vacilaría en usarlas contra ella. Alumno del doctor Tagri, muchos lo consideraban su heredero científico; sólo Kuhaimoana –a quien insistía en llamar *Ejemplar 32*– e Irene sabían lo que había



bajo la cubierta del respetable científico.

Kuhaimoana jamás habría pensado en atacarle... si Jristós no lo hubiera hecho antes con Irene, cuando ella era todavía una niña, una jovencita de unos dieciséis años...

*Él la abraza; ella se suelta. Él insiste; ella se niega. Él la tira contra el piso e intenta arrancarle la ropa. Ella lo golpea. Él usa el máser y la deja semiconsciente. Yo salto desde la mitad del océano, subo hasta la rampa y le arranco el pie de dos tajos limpios. Él la deja en paz. Yo no puedo arrepentirme; ella llora, pegada a mi nariz, mojada en sangre.*

Los médicos ignoraban por qué razón no se había desangrado totalmente y muerto. El mismo Tagri tampoco entendió cómo Pireo le pidió volver a Oahu, a seguir trabajando en la plataforma.

Pero no regresó solo; trajo a su esposa, Sagrario, experta en biología y elasmobranquios; uno diseñó el nanoaparato básico que cubría por millares la superficie de los trajes que usaban Cenmaro, Irene y el mismo Tagri, cuando aún vivía. Y la otra fabricó las agallas artificiales que permitían a los humanos respirar bajo el agua, pequeños seres vivos por sí mismos, que se prendían del orificio de la traqueotomía, hundiendo sus apéndices en el moco pulmonar, secretando cantidades enormes de perfluorobromocarbono, inundando los pulmones e impidiendo así que el agua marina los dañase y alimentándose de desechos y monóxido de carbono, permitiendo a un ser humano respirar por bastantes horas bajo el agua. El diseño era imperfecto, de ahí que tuvieran que subir a la superficie de cuando en cuando, para que ambos –agallas y portador– descansaran. Con todo, permitían una autonomía completa, a diferencia de los tanques de oxígeno o de mezcla y no precisaban, con ellas, de una cámara hiperbárica o de etapas de descompresión.

Sin embargo, el alivio que Irene y Kuhaimoana sintieron de verlo regresar acompañado, se diluyó notablemente cuando percibieron que casi no hablaban entre ellos y su colaboración parecía ser exclusivamente científica. Y luego, Pireo volvió a las andadas. Pero una cosa había sido la pequeña niña y otra era esta mujer, alta y fuerte, contra un cojo. Con todo, Irene no podía evitar temerle.

Se adelantó hasta Cenmaro; tras ella, la sombra del tiburón contra el ventanal dejó saber a Jristós que no vacilaría en intentar romperlo, si la atacaba, aunque no mediase comunicación.

Las agallas rechinaron en su pequeña jaula, silbando como polluelos; ese ruido rompió la repentina tensión del aire. Cenmaro sonrió.

—Yo... lamento interrumpir. Creo que tienen hambre

—No, todo lo que tienes que hacer es cambiarles el agua...

Los dos salieron, dejando al científico decepcionado y molesto con el tiburón. Pireo se encaró al ventanal del tanque, pero no dijo ni una palabra. Kuhaimoana alzó el morro.

El hombre encendió todas las luces, sabiendo que el computador tardaría un



rato en apagarlas y que eso molestaba al tiburón. Acercó su rostro al del escualo, quien permanecía impassible, al otro lado del cristal.

—Debe ser difícil no poder hacerle nada... ¿verdad?

Una risa seca, desagradable.

El tiburón movió la cola. Sólo podía percibir ofensa y no podía atacar. Tampoco sabía, bien a bien, cómo responder, más allá de la verdad. Entonces, preguntó.

—¿Por qué me odia tanto, Jristós? ¿Y a Irene? ¿Y a todo? ¿Le faltó sangre de sus hermanos cuando nació o algo así?

Sin responder, el hombre salió cojeando del área de observación. Pasados algunos minutos, otra sombra se deslizó hacia el tanque y apagó los interruptores.

—¡Hey, compañero! ¿Estás bien?

—¿Qué haces aquí? —el perfil desgreñado y ratonil de Cenmaro se dibujó sobre el cristal del tanque.

—No me quité el traje...

El traje de redmalla, hecho de superconductores a temperatura ambiente y Cenmaro, bañándose en la ducha a cien metros de distancia. Irene y Kuha estaban en peligro. No entendía cómo ni porqué lo sabía; sólo vio las imágenes formarse en su mente y sin siquiera secarse, había tomado la jaula de agallas, tirado el agua —para que chillasen como pollos— y corrido hasta el área del tanque.

Kuhaimoana asintió lentamente.

—¿Funciona a distancia?

—No lo sé

—¿Estabas bajo el agua?

—Estaba en la ducha, pero no sumergido...

—Interesante.

—Pudo ser la redmalla.

—O te estás volviendo Ku'hu.

Cenmaro soltó la risa.

—No lo creo.

—Ya pasó una vez... hace mucho tiempo —y le relató en dos imágenes la leyenda de la Diosa.

—¿Es eso lo que Irene está buscando, lo que quiere saber de tus relatos? ¿Por qué no se lo has dicho?

—No seas tonto. No lo sé. Es que —por primera vez, Cenmaro lo veía vacilar al dar una respuesta— me capturaron joven. Tagri y Makani. Y comencé a trabajar con ellos desde que Irene tenía nueve años. Estoy muy distante de mi gente... además, ellos no ven con buenos ojos todo esto...



—¿Quieres decir que puedes ir y venir a donde quieras?

—No soy un preso. Trabajo aquí porque me gusta y porque quiero a Irene...

—¡Y me dices tonto a mí! Con un carajo, Kuha; ¡¡¡ve con tu gente y sácales esa información!!!

—¿Para qué servirá? ¿Para darle el Habla a personas como Pireo? ¿Para volverlos a la manera Ku'hu, de dos dentelladas, sabiendo que son capaces de usarlas contra todos ustedes, como fetos hambrientos?

—¡¡¡¡Para que puedas quedarte con ella, estúpido!!!!

El silencio entre ambos duró un minuto eterno, teniendo en cuenta que el diálogo anterior, en destellos cuánticos, había tardado dos segundos.

—... Y, ¿si ella no lo quiere así?

#### 4

Irene revisaba sus notas. Felipe entró, la silla de ruedas, zumbando como tetera.

—Hola, mi niña.

—Buenos días, general.

—Estás cansada.

—Pensaba en papá... ¿quiere un poco de café? Está recién filtrado.

El anciano sonrió. Militar retirado, le había sido fácil presionar algunas cuantas palancas para conseguir a su candidato. Pero sólo Cenmaro había demostrado ser un mentiroso tan insolente como infame... y poco a poco, estaba convirtiéndose en un tritón y sin darse cuenta, formándose hacia la manera Ku'hu.

—Tienes razón, Pireo...no es tan inteligente.

—¿Jristós? Oh, es brillante, general. Y un patán manipulador; pero es brillante. Mi padre no lo habría admitido como becario, aunque sea físico, de no ser por ello. No podríamos trabajar sin sus redmallas.

—Ni sin Sagrario. La bióloga es ella, no lo olvides...

—General, ¿adónde quiere llegar?

Felipe soltó la carcajada.

—Me estoy portando como un humano entre tiburones. O como un idiota entre listos... te explicaré. Soy chamán. Todos los hijos terceros de mi familia lo han sido, a través de muchas generaciones. En todo ese tiempo, usamos kukui y otros hongos para escuchar el espíritu de los animales. Tu padre era un genio, alguien que sabía que nuestras propias células de Lorenzini funcionan de la misma forma que las pápulas de Kuha. No sabemos por qué son mas lentas... a menos que el agua del mar tenga algo que ver. Quizá los hongos alteraban eso, su lentitud en el aire y nos permitían hablar con los animales. No lo sé. Como tampoco sé por qué



comprendo a Kuhaimoana y no a otros tiburones, que vienen de más lejos...

Irene lo miraba, atenta, sorbiendo su café.

—Quizá son sólo los desatinos de un viejo, pero creo que en él y en todos los otros dioses tótems, hay algo bueno para los chicos como Cenmaro.

—Es un delincuente.

—En tu civilización, es un salvaje. Y los tiburones, también...

—Usted sabe que eso es falso.

—Y también lo es en el caso del muchacho. —Ella sonreía al mirarlo, tratando de adivinar a dónde quería ir con todo eso.

—¿Qué sugiere?

—Si los kukui funcionan para los seres humanos, ¿por qué no habrían de servir para Kuhaimoana? Aceleraríamos el proceso de aprendizaje.

Irene lo pensó. Felipe siguió hablando.

—Calma, no dañaremos a tu precioso tiburón.

—¿Cuál es la prisa entonces?

—Pireo. Jristós tiene la autoridad para detener la investigación, aunque tú seas la heredera de todo esto —señaló las instalaciones de la plataforma— y... no nos quiere aquí.

Irene se encogió de hombros.

—Por mí, puede detenerla. Así terminaría por irse y nos dejaría en paz.

—Irene...me asombras. Ésa no es la Manera Ku'hu.

—Yo no tengo deudas con la humanidad, general.

—Entonces, no has aprendido nada, niña. No importa cuán cerca hayas estado; piensa en esto, Kuhaimoana es libre desde antes que tu padre muriera. Está aquí porque considera que debe enseñarnos y debemos aprender de él. Y eso ni siquiera es un credo o una filosofía o una línea ideológica. Le es absolutamente obvio...

Irene echó sus cabellos hacia atrás y miró al arrugado anciano, intentando comprenderlo. Éste sonrió, dio media vuelta en su silla, tomó su tazón de café y se dirigió al puente que conectaba la plataforma a la playa. La miró, y le guiñó un ojo.

—No se trata de deudas tuyas, niña. Son deudas con Pele...

Cenmaro aprovechó para aparecerse; había escuchado toda la conversación... pese a estar a diez metros de distancia. Había estado ensayando las capacidades del traje, descubriendo poco a poco, más cosas. Tendría que contárselo a Kuha. Pero ahora, tenía que hablar con la doctora... sin abrir la boca.

—Él te quiere.



—No funcionará.

—¿Tiene que ver que no sea humano?

—No; tiene que ver que no somos tiburones... yo no soy una.

—Es inteligente, está vivo... y sabes que es una persona.

—¡Lo que dices es algo demencial!

—Quizá... pero tú también le quieres y es inútil dar rodeos; muerde fuerte de una vez.

—No tenemos la menor idea del proceso o de lo que habría que hacer.

—Hazlo virtual; puedes hacer dos tiburones o dos humanos, haz la prueba y translitera; tenemos las redes, la pantalla virtual allá abajo, todo para simularlo.

—Sería un algoritmo largo, difícil.

—Te equivocas; usa a Pireo y a su mujer.

—Él es alguien diferente... sabes que nos odia.

—Sí, pero ellos tienen un precio; el suyo empieza con N. N de Nobel. Nosotros no necesitamos eso.

—¿A qué «nosotros» te refieres?

—A Kuhaimoana, tú, yo... y los que quieran aprender el Hablar y la Manera Ku'hu; tenemos todo el océano...

—Tú no quieres volver a Tierra.

—Tú tampoco; no te entiendes con el resto y lo sabes... y no me importa volver; quiero el agua fría y la sangre en el agua y la libertad del compromiso... comprometerme con algo te hace libre... quiero ser feliz como son ellos.

—¿Renunciarías a tu conciencia?

—No es eso, sabes que la Manera Ku'hu no es inconsciente.

—¿Y los demás?

—No tienes a nadie; tu padre murió, Felipe no tardará en irse, no hay «demás», Irene, piénsalo...

—¡¡Basta!! ¿Cómo puedes hacer eso? —Irene se tapaba los oídos, indefensa ante la emisión.

—Kuhaimoana me enseñó... la red hace el resto.

Irene lo miró de arriba abajo.

—¿Hace cuanto no te quitas ese traje, Cenmaro?

El muchacho se encogió de hombros.

—Desde que llegué... quizá unas tres semanas

—¿Y nadie te dijo que no puedes usarlo tanto tiempo? ¿¿Ni Pireo ni Sagrario??



—Cenmaro negó con la cabeza, sonriendo aún.

Irene se le acercó y al zafar los cierres velcro del cuello y separar la malla de la piel, quedó aterrada con la visión de un millar de pequeñas ampollas sanguinolentas en cada uno de los poros del traje. La humedad combinada con el material de la malla, con toda seguridad. Cenmaro reaccionó con doble asombro, al comprobar que su piel no dolía ni tampoco olía mal o parecía infectada. Los huecos entre cada ampolla estaban grisáceos, como si les faltase circulación.

—Déjame curarte —Irene sacó una pequeña torunda del botiquín y al tratar de limpiar la piel, la gasa se desgarró como si la reseca piel entre las ampollas tuviese filo.

—Ooops..

—¿Te duele?

—No, pero no somos médicos...

Ambos se miraron con disgusto, pero fue Irene quien tomó el intercomunicador y llamó a Pireo.

## 5

... Al absorber agua de mar, las células epiteliales se hincharon. Y lentamente, crearon una estructura papular, utilizando las células de grasa como tales, las cuales están llenas ahora de un gel transparente y firme, parecido al que Kuha segrega. En vez de que la piel se aflojase y pudriese, como habría sucedido a un cadáver...

Jristós rió, de nuevo, al mirar los rostros.

—Era obvio, Irene.

—¿Tanto así?

Sagrario asintió sin hacer un sólo ruido. Parecía estar muda. Sin embargo, señaló la malla. Pireo siguió hablando.

—Eso fue lo que permitió la reestructuración de la piel. La malla contuvo la hinchazón y formó ampollas. El líquido del interior de las ampollas se gelificó, gracias al frío del agua. La dieta de proteína líquida para mantener el corazón funcionando a baja temperatura, equilibró la sangre de Cenmaro. Y la estructura de surco de la malla potencia el campo electromagnético... realmente se está volviendo un tiburón, en muchas formas...

Los cuatro —Pireo, Sagrario, Irene y Felipe— contemplaban a un desnudo Cenmaro, aparentemente llagado desde los tobillos hasta la base del cuello, exceptuando las manos, los pies y el rostro.

—Pero no me duele, Jristós... doctor Pireo, en absoluto...

—El frío del agua, la sal, todo se ha estado combinando... perdiste el tacto, pero desarrollaste otro sentido ¿Qué dice tu tiburón? —preguntó Pireo a Irene, acentuando con intención el «tu».



—Aún no lo sabe.

—Te equivocas... —interrumpió Cenmaro.

—¿Por qué se lo dijiste?

—Pp.. porque... ¡¡no sé ni cuando se lo dije!! —Cenmaro enrojeció— es como si todo el día estuviéramos... conectados ¡¡o algo así!!

—¿¿¿Sin agua??? —la pregunta fue de Felipe.

—Bueno, si el traje está mojado, es más fácil...

Sagrario sacó unas tablas y con la actitud de quien revisa la jaula de los ratones, fue tachando los datos de ellas, mientras Pireo leía en voz alta.

—... perdiste alrededor de diez kilos de peso... veamos tu total de masa corporal... hum... mira esto...

—Como una pila.

—Exacto.

—¿Qué necesitaría para sostener semejante gasto eléctrico?

Koko...

### **Sangre**

La voz de Kuha, en hawaiano, salió de la boca de Cenmaro, idioma que éste ignoraba. Sólo Pireo se asombró; tanto Felipe como Irene asintieron. Lo sabían desde siempre.

La sangre era el único medio, la única mezcla capaz de hacer llegar los iones a las pápulas, la única cosa que haría que el campo electromagnético, emanado de la red neural, se sostuviera. Y la única forma de mantenerla dentro de un tiburón era viviendo de ella; de ahí la avidez, la velocidad para la caza, el olfato finísimo y al final, el propio campo, capaz de leer incluso si el pez de frente a uno era comestible o venenoso o estaba enfermo y no valía la pena comerle.

Irene habló, muy despacio.

—Felipe... ¿qué es la deuda con Pele?

Makani sonrió ampliamente.

—He sido un idiota al pensar que necesitábamos los hongos, Irene... es el agua; ¡es el mar! —como Irene le mirase sin comprender, Felipe siguió hablando—. Pele permitió que viviéramos sobre ella, al hacer surgir la tierra de en medio del agua y el fuego, querida niña... y sólo había una forma de crearnos. Cuando levantó el fondo de los mares, dejó a muchos peces sobre las islas. Los más fuertes sobrevivieron al aire y tomaron otra forma... una que les permitía caminar y crear y leer en las estrellas...

Los ojos de Cenmaro se volvieron fijos y tremendamente oscuros, la pupila ocupando todo el espacio del azulado iris.



—No sobrevivieron —dijo.

Felipe asintió.

—Sobrevivimos —remarcó Irene.

Pireo los miró a ambos, comprendiendo en un instante.

—¡¡Están locos!!

Irene lo atajó.

—Es congruente... los peces más fuertes eran los tiburones. Nosotros tenemos agallas, branquias y la estructura de un tiburón cuando somos fetos... y venimos del mar, según un montón de teorías. Ésa es nuestra deuda con Pele; podemos pagarla o ignorarla, pero es real... ¿cómo lo supo, Felipe?

Felipe Makani suspiró.

—Esa historia del abuelo de mi abuelo. Y la terquedad de Irene en averiguar sobre Ka'ahupahau, sin contar con lo que su padre descubrió, cosa que jamás habría podido hacer sin ella y para eso, tenía que encontrar, de paso, que Kuhaimoana no es una leyenda y que Hele, también existe... los iones están en el agua de mar, a la vez que en la sangre...

Abel y Caín. Rómulo y Remo. Gigamesh y Enkidu. El viejo Bien y el viejo Mal, siempre en lucha, creando Caos y esta diosa sin forma, pariendo un mundo ordenado. Las ideas atravesaban la mente de Cenmaro, llegando a la misma velocidad a la de Kuhaimoana, generando a la vez un éxtasis iluminativo que jamás habría creído que existiera...

Pireo rompió el equilibrio; sabía que pasaba algo importante entre aquellos tres y el tiburón y que eso lo dejaba de lado, sin importar su lujuria por Irene o su ambición desmedida de reconocimiento.

—¿Hele? ¿El TiburónMalo? Felipe... ¿de qué diablos está hablando? ¿Va a decirme que cree en ese montón de tonterías?

Felipe Makani lo miró de arriba abajo.

—Profesor Pireo, con todo respeto, ¿podría permitirme su mano izquierda? Eso es así... ven acá, Cenmaro; toma mi mano derecha.

El choque en la mente de Pireo fue parecido al golpe de un tren a toda velocidad; el golpe eléctrico no fue menor. Gritó. Dos veces, antes de desmayarse. Y pese a su inteligencia, se quedó sin percibir lo que más ansiaba.

Fue como bajar por un tobogán, después de ser golpeado. Fue leer en el genoma entero las instrucciones que lo volvían de pez en ratón, en mono, en humano... y en sentido contrario. Y después, fue toparse con un muro helado, de muchos kilómetros de largo y cientos de metros de altura, aislándole en curvas laberínticas, manteniéndole alejado de sus iguales humanos, reconociendo en cada uno de los ladrillos que formaban el muro, los temores, los resentimientos, los celos, los odios, el dolor de la cojera, su desamor propio y tuvo que gritar. Gritó una segunda vez cuando pudo contemplarse tal como era; una masa puru-



lenta, hambrienta de eternidad e incapaz de perpetuarse como lo quería, al menos cambiando en un instante el horizonte humano y pasando a la memoria del tiempo gracias a ello. Y después, su cuerpo lo desconectó, con misericordia, de la Mente que había encontrado, del conocimiento de saber que Pele estaba en todos lados, en cada instante e intersticio y era una estupidez sin nombre intentar comprenderla toda...

Sagrario no abrió la boca. Se contentó con intentar reanimarlo, mientras los otros tres se vestían los trajes de red, clavaban las agallas en sus cuellos y, antes de irse, destruían entero el laboratorio en la plataforma.

Afuera, entre las enormes olas verdes, Kuhaimoana los esperaba.

No quedaron elementos para reconstruir el Hablar y cuando las llamas se apagaron y Pireo despertó, no fue la frustración de hablar con alguien que sólo actuaba como su comparsa, sino la de saber que nunca podría darles alcance y entonces, en el dolor de su corazón, comprendió de dónde y cómo había brotado Hele, lleno de odio y resentimiento y envidia, pese a ser también, él, un tiburón, en el fondo...

Pasaron años, y Pireo abandonó toda investigación sobre escualos y volvió a la física. Eventualmente, también se quedó sin Sagrario; no se sabe quién dejó a quién. Una tarde, de vuelta en Oahu, un chico indígena le regaló un colmillo de los que los tiburones dejan caer en sus muchas y repetitivas mudas, necesarias en una vida entera de cacería.

Y, en la raíz del diente, Pireo reconoció la estructura; la base del diente era humana.

Mientras el sol se extinguía, reflexionó sobre lo que no existe –el «pudo haber sido»– pero su mente era ya la de un racionalista frío. Tiró el diente al mar.

Y es que él nunca tocó a Kuhaimoana, excepto cuando éste lo atacó. De haberlo hecho, se habría enterado que es del roce del tiburón, de lo que depende el Hablar, el Vocabulario de Sangre y que volvamos al mar... y no había más respuesta.

Bajo el rumor del oleaje, el sol terminó de ocultarse...

© *Martha Elisa Camacho Alcázar*

**MARTHA ELISA CAMACHO ALCÁZAR**, 26 de octubre de 1963, México, es maestra de matemáticas cuando se lo requieren. Especializada en Teoría del Caos. Escritora de Ciencia Ficción dura –matemáticas, física, biología– y Terror –vampiros y terror psicológico–, tiene dos libros publicados y un montón de cuentos regados en diferentes revistas; ha participado en tres antologías y ganado un Premio Nacional de Cuento como el burro tocó la flauta –aún no esta segura de por qué.



## LA LIBÉLULA

por Blanca Mart

Un encuentro casual cerca de Venus es el punto de partida de una historia de emociones y transgresiones en la que sus protagonistas son capaces de hacer cualquier cosa para salirse con la suya. Esta es la historia de Al y Whissita, una pareja para la que, más allá de su ambición, en sus corazones aún hay lugar para los buenos sentimientos.

**E**stoy en Puerto Thara, una pequeña base cercana a Venus. Les juro que no doy crédito a mis ojos. ¡Qué cortos son los caminos de las galaxias! Acabo de ver a mi viejo amigo Al Braker. Hacía tres años que no lo veía. Pero ahí está, en el bar del espaciopuerto. Me ha visto. Sonreía con su estúpido y querido aire de suficiencia.

Le conozco. Le ha fastidiado verme con Dhon Sheley. Me he despedido de Sheley y me he sentado a la mesa de Al. He pedido una bebida fuerte y nos hemos quedado mirándonos a ver quién atacaba primero. Él ha bajado la guardia. Ha levantado la guardia y ha brindado:

—Mis saludos a la última amazona.

—No soy una amazona. Soy una dama firmando un contrato. Negocios, ya sabes...

—¿Negocios con Sheley? ¿Con ese multimillonario engreído y cincuentón?

—No es cincuentón.

—¡Vamos!

—Tiene exactamente noventa y siete años.

—¡Diablos! ¿Te has vuelto loca?

—No. Digamos que tiene un pequeño secreto.

Era sencillo de explicar: Don Sheley bebía agua venusina. Había gente que la traía de contrabando. Gente como yo. Cuando acabé las explicaciones, Al Braker me miraba con cierto respeto.

—Siempre quise casarme contigo, Whissita —afirmó sonriente.

Hay que explicar que él consideraba un elogio dicho comentario. Le miré fijamente y, de pronto recordó que nos conocíamos demasiado bien.

—Bien, ¿de qué se trata? —añadió.

—Necesito un buen tirador... y si de paso es piloto espacial... ¡Ha sido maravilloso encontrarte!

—¿Qué le pasó al que tenías?

—¡Pss! ¡Tuvo un pequeño accidente...!



—¿Cuándo cogía agua de Venus?

—Sí... ya sabes... a veces pasa... Uno por mil desde luego...

—¿Fueron las libélulas?

Le dediqué mi más dulce sonrisa y fue entonces cuando se enfadó. Hay gente incomprensible.

—Mira, Whissita, puedo ir a Venus. Puedo manejar cualquier nave y puedo —si hace falta— disparar contra las libélulas y no fallaría un disparo. Puedo sacar el agua tranquilamente y nadie la encontrará. ¡Pero puedo ofrecérsela a cualquiera que pueda pagarla! Ahora dime: ¿por qué demonios voy a hacer el trabajo para Sheley y compartir la paga contigo?

—Porque últimamente no dan visados para entrar a Venus, por si no lo sabes. Y a mí me sobra un hermoso visado de turista... para ti —le miré socarronamente—. ¿No sabías lo de los visados?

Otra vez —incomprensiblemente— se puso hecho una furia.

—He estado cristalizado un año en Marte y luego dos recuperándome.

Si hay algo que me enfada de Al es que a veces «sale» con tonterías. Todo el mundo sabe que sólo se puede cristalizar a los marcianos. Pero no tengo ganas de enfadarme. Eso le concede ventaja.

—Bien —le dije—, pero como ahora no estás cristalizado, te podría interesar este trabajo, ¿o no? Recuerda que siempre nos divertimos bastante... cuando trabajamos juntos.

Estas cosas eran cuestión de precio. Y en el caso de Al, de un absurdo amor por la aventura y —no quisiera parecer inmodesta— de su fuerte atracción hacia mí. Una atracción bastante intensa, por decirlo de alguna forma.

Todos estos factores forman un buen combinado. Con el precio no hubo problema. Sheley paga muy bien. Aún podría conseguirme un par de cazadores más y un par de visados. Pero con Al bastará.

En cuanto a la aventura, no es que sea muy peligrosa, pero lo suficiente como para morir en diez segundos si te distraes en el momento que no debes.

Y respecto a mí... Corrí mi asiento para que el sol brillara en mi cabello y le tendí la mano.

—¿Firmado?

Sonrió amenazador.

—¡Estás coqueteando!

—Por supuesto —dije—... Aunque no creo que sea necesario...

Chocamos las manos y nos levantamos. Partiríamos al otro día.

Al Braker cojeaba ligeramente de la pierna derecha. Aquello no me gustó nada. Se dio cuenta de que le miraba fijamente.



—Disparo con la mano —dijo—. Así que no te preocupes por mí.

—No me preocupo por ti.

—Ni por el negocio.

Suspiré. Realmente me encanta la gente que plantea las cosas claras.

—Vamos, pues —le dije—. Ya sabes que confío en ti, como siempre.

Y salimos juntos del espaciopuerto, con su brazo sobre mis hombros, como buenos compañeros.

Los preparativos se retrasaron y no pudimos salir hasta cuatro días después. Por fin, un amanecer una joven pareja de recién casados partió dispuesta a pasar ocho deliciosos días en Venus. Tengo que aclarar que nos casamos realmente, dejando, desde luego, con la persona adecuada, firmados los documentos para nuestro inmediato divorcio en cuanto volviéramos de nuestro viaje. A veces nos ponemos un poco «legalistas», pero es que no es nada fácil entrar en ese bello planeta.

Y de nuevo vamos hacia allá. ¡Venus, señores! ¡La cuna del Amor! Y no quisiera que me tomaran por cínica, pero también la cuna de la riqueza para mucha gente.

En realidad, ninguno de los dos necesitábamos aquel dinero. Él tenía una buena paga que se le había acumulado al darle por desaparecido durante tres años. La norma es que se guarda la paga durante cinco años a los pilotos espaciales desaparecidos y diez a los pilotos australes. A esto le llamo quedar bien por nada, ya que un piloto que desaparece jamás regresa.

Menos Al. Al Braker sí volvió, recogido gentilmente por unos marcianos y devuelto a Tierra.

Sólo que es un desagradecido. Odia a los marcianos y sigue bromeando sobre que lo tuvieron cristalizado durante un año.

¡Qué absurdo! ¡Nadie le creería!

Bueno, a lo mío: tengo pruebas de que Al sigue estando en forma. Tengo un magnífico piloto. Una buena nave biplaza. Y unos visados perfectos que nos han permitido la entrada en Venus sin ningún problema.

Así que hemos dejado la nave en el espaciopuerto

Y nos hemos dirigido a la Zona Turística que nos han indicado. Nos hemos instalado en nuestra tienda-esfera, situada en unos bellísimos prados venusinos. No podemos salir de los límites marcados, pero podemos permanecer en este valle y beber de sus fuentes hasta saciarnos. Fortalecer nuestra salud y volver a la Tierra dentro de ocho días.

Pero no son esas las fuentes que nos interesan ni ésos nuestros planes.

Nuestro objetivo es llegar a una de las siete Fuentes de la Vida. Tendremos que salir de los límites sin que los vigilantes nos descubran. Cruzar la Zona de



los Sonidos. Cruzar la Zona del Polen y llegar, por fin, a la Zona de las Siete Fuentes. En esa última hay que buscar un rastro azul que aparece flotando muy cerca del suelo. Ese rastro lo dejan las libélulas. Son las guardianas de las fuentes. Tienen un extraño y largo agujón y la mala costumbre de lanzarse contra cualquier ser, no venusino, que se acerque por allí. Si te alcanza te «licua» en diez segundos. Pero es suave y lenta, y vuela solitaria y distraída.

Es cuestión de vigilar. Sus alas emiten un suave susurro.

Al oírlo hay que sorprenderla y lanzarle una aguja afilada con una diminuta e ingeniosa pistola. Mueren al momento...

La situación era que las fuentes no manaban de noche.

Al amanecer el agua surgía de la tierra, igual que surge el Sol. Las primeras gotas contenían tanta belleza, tanta luz, como podría tener el nacimiento del Universo. Pero les juro que no me arriesgaría sólo por eso. La verdad es que esa agua era mejor que los elixires medievales de la Tierra Antigua.

Convenientemente tratada en Tierra, prolongaba la vida en una relativa juventud durante casi doscientos años.

El descubrimiento de las Siete Fuentes de Venus fue algo maravilloso. La Tierra envió regularmente expediciones comerciales a buscar agua. Todo eran ventajas. Bueno, casi todo. Al principio, los indígenas –estilizados, bellos semiacuáticos– comerciaron. Luego se negaron. Les tenía sin cuidado prolongar o no la vida de los terrestres. Era su agua. Era suya. Si no querían negociar, no lo harían. En realidad, no sólo es que fuera su agua, es que era su vida. Me explicaré: una pareja de venusinos elegía uno de los arroyos que se originan en las fuentes. Hacían el amor en el agua. Nada extravagante. En el más puro estilo extraterrestre. Bebían las primeras gotas que manaban de las fuentes al amanecer. Solo así tendrían descendencia.

Las cosas se pusieron un poco bruscas. Los terrestres no les creyeron. Intentaron comerciar. Les trataron de supersticiosos. Enviaron expediciones militares. Tuvieron comandos extraoficiales en Venus. Y por fin, les cortaron el suministro de seudópodos azules. Esto indignó a los venusinos, ya que sólo podían conseguir esa clase de seudópodos en la Tierra y formaban parte de su dieta desde hacía siglos.

No hubo pacto posible. Los terrestres afirmaron que los seudópodos azules eran suyos y hacían con ellos lo que querían.

Hay que tener en cuenta en estas relaciones, que los venusinos carecían de un ejército medianamente defensivo y que los terrestres tenían ya enclaves militares en Venus. Las cosas estaban, pues, un poco duras cuando intervinieron los marcianos.

Ya saben cómo son los marcianos: muy bellos, altos, bien formados, piel rojiza y mirada firme. Son gente culta, inteligente. A veces encantadores. Y –se me olvidaba– tienen un desarrollo tecnológico impresionante, y son una de las potencias bélicas más poderosas del Universo.



El problema fue que –ignoro la causa– se hicieron amigos de los venusinos... *Que si querían proteger una de las más bellas razas en peligro de extinción... Que otras razas inconscientemente podrían abusar...*

El caso es que –eso sí por la buenas, no fue necesario que nos echaran a patadas– dejamos Venus. El comercio con Marte peligraba y los terrestres –ya se sabe– tenemos buenos sentimientos.

Como consecuencia de este asunto, el comercio con Venus está ahora bajo un control muy riguroso. Se mantiene un intercambio equivalente entre agua venusina y seudópodo azules. Y está prohibido alterar estas normas. Se requieren visados mutuos y, por ejemplo, en Venus no dejan entrar cazadores profesionales o aventureros. Sólo gente respetable. Como nosotros.

Y aquí estamos, esperando la noche.

No hay peligro. No hay problema.

Sólo se trata de estar en el punto exacto, en el momento adecuado. No debemos estar en la Zona de Sonidos al Amanecer. El ruido de esas flores venusinas enloquece a los terrestres. Ni en la Zona del Polen que se levanta dorado con los primeros rayos del sol. Ese polen envenena los pulmones hasta morir. Pero si cruzamos esas zonas en la oscuridad y llegamos a las Fuentes, ya sólo habrá que vigilar a las libélulas.

En realidad, eso no es nada para nosotros. Yo tengo una apariencia en cierta medida frágil, nadie sospecha en mí una profesora de Lucha Antigua. En cuanto a Al, es atlético y fuerte, pero esa ligera cojera temporal le da un cierto aire de fatiga que no traduce su agresividad. El Registro de Fronteras no ha visto nada sospechoso en nosotros y nos hemos ido a nuestra tienda-esfera cogidos de la mano y con esa mirada alucinada que tienen los recién casados.

Aquí estamos pues. Y en cuanto llegue la noche saldremos muy despacio, reptando lentamente hacia nuestro objetivo.

Hay que reconocer que somos unos profesionales. Los guardianes de las Siete Fuentes quedan atrás y en un rincón de la selva nos hemos maquillado y disfrazado convenientemente. ¡Si hasta tenemos un cierto aire venusino, con los rostros tan pálidos y estos trajes azules!

No engañaremos a las libélulas y al polen, pero es muy posible que algunas parejas de venusinos se acerquen a las fuentes al amanecer, y es mejor no arriesgarse. Pero no hay que perder ni un momento. Cada gesto tiene que ser el preciso, ni un segundo debe retardarse nuestra marcha. Y con Al no habrá problema.

Pero, ¡por todos los cielos de Marte! Ya apareció el único problema que puede distraer a este cretino de Al: una mujer. Una venusina lánguida y bella que camina a lo lejos y se vuelve de vez en cuando. Nos saluda con la mano y se aleja.

Veo un brillo extraño en los ojos de Al, así que le pego un codazo.

—Al, no seas idiota. Esa chica va a encontrarse con su venusino. No tienes



tiempo para conquistarla —sonríó feroz—. Además eres mi marido.

Mira el cronómetro y suspira.

—Eso sí, ante todo la fidelidad.



Seguimos avanzando. Es una pradera hermosa cubierta de flores diminutas, brillan en la oscuridad como luciérnagas móviles. Una se quedaría contemplándolas, pero realmente no hay tiempo. Hemos de salir de aquí antes de los primeros rayos del sol. El aire es suave, tintineante, casi musical. Pero cuando es de día, esas extrañas ondas pueden enervarte hasta la locura. No sé si es impresión mía, pero el cielo me parece menos oscuro y, en realidad, aún no es hora de que amanezca.

Al camina rígido en silencio. Cuando traspasamos los límites, nos miramos.

—Una pesadilla queda atrás —digo.

Entramos en la Zona de Polen. Al camina aún más deprisa.

Es una pradera que parece un cuidado jardín terrestre. Extraños botones dorados cubren la tierra. A lo lejos vemos a la venusina que avanza paseando despacio.

—Vamos a llamar su atención si caminamos tan rápido.

—Seguramente pensará que somos dos enamorados impacientes, Whissita. Así que acelera, que como se dé cuenta de que somos terrestres, tenemos a los guardianes aquí, en cinco minutos...

—Y, además, está aclarando...

—Ya lo he visto. Pero los botones no se abren hasta que los rayos del sol tocan los bordes de la pradera... entonces soltarán el polen. Es algo maldito. Hace años tuve el placer de probarlo. Estuve días paralizado y tuve suerte de no asfixiarme. Así que más vale que no nos detengamos.

Apresuramos el paso. Vemos a la mujer venusina acercarse en nuestra dirección. Su paso es vacilante y nos hace gestos con la mano.

—¡Maldita sea! ¿Qué querrá?

—Sigue, Al, ni la mires —murmuro.

Pero, entonces, la mujer se lleva las manos a la cabeza y cae al suelo. Somos terrestres. Se supone que civilizados, pero no me gusta la idea de morir este amanecer.

Me planto delante de Al.

—Será un desmayo pasajero. Enseguida la localizarán. Si fuera fea la dejarías sin ningún remordimiento... así que ni sueñes en detenerte...



—Por supuesto —contesta Al—. Es su vida o la nuestra. Ni sueño en detenerme.

Y sigue caminado, casi corriendo. La verdad esperaba algo de resistencia a mi propuesta. Es un canalla... o le impresiona un poco eso de morir asfixiado. El cielo clarea... o me lo parece a mí, y entonces siento un ligero olor perfumado. Pasamos cerca de la mujer. No ha perdido el conocimiento. Al pasar nos hace un breve gesto señalando un transmisor dorado que cuelga de su cintura. A lo lejos se ven los límites de la Zona de Polen. Ya estamos cerca. El transmisor sirve para pedir ayuda al Servicio Médico. Si llamamos en pocos minutos una aeronave llegará allí... Y nos detendrán, por supuesto.

Sin dejar de caminar le digo a Al:

—¿Y si la mujer consigue transmitir?

—No mato mujeres.

—¡Por todos los cielos! —me indigno—. ¡Soy una luchadora, no una asesina!

Me pica la garganta. Un olor extraño se percibe en el aire. Estoy furiosa. ¡Tantas expediciones que hemos hecho a Venus...! Vamos a morir por culpa de esa estúpida!

—Un venusino jamás dejaría de ayudar a otro o a un terrestre —comento.

—Así les va —replica Al.

Pero los dos nos hemos vuelto. Mal si la ayudamos. Mal si la dejamos. El tiempo pasa. ¡Los profesionales! ¡Qué ironía! ¡Se acabó! Llegamos junto a la mujer. Nos mira con inquietud. Cogemos su transmisor. Al acerca su rostro al de la mujer.

—¿Puede hablar? ¿Tiene algún código?

La venusina susurra unos números. Los marco en el aparato. Al lo acerca a la boca de ella. Habla el extraño dialecto de los Príncipes del Norte. Luego sonrío y murmura en nuestro idioma:

—Ya vienen por mí. ¡Váyanse! ¿No ven que van a morir?

¡Claro que lo vemos! ¡Maldita sea! Entonces la dejamos y corremos como locos, tosiendo y jadeando, desesperados, pues un color dorado empieza a cubrir el césped.

—¡Corre, Al, compañero! ¡Corre pues ésta va a ser nuestra última carrera!

Todo me da vueltas, mis pies tropiezan en los límites de la pradera y chocando y cayendo, como dos ebrios enloquecidos, nos adentramos en el bosque. No podemos pararnos. No podemos pararnos. Ni un momento, pues un solo momento puede ser la eternidad. Deprisa. Deprisa, adentrándonos más en el bosque. Nos ha parecido oír a lo lejos el rumor de una nave venusina. Nos escondemos. Pero ya no se oye nada. Respiramos mejor. Y en el silencio del amanecer se oye a lo lejos el murmullo de las Fuentes Sagradas.



Año XI. Número 19, tercera época. Abril-Junio 2013.

---

Y entonces salimos del bosque lentamente, un poco alucinados, mareados, con el brillo del polen en los ojos, con un aire de triunfo en el alma. Despacio. Hay que vigilar el espacio de las libélulas.

—¡Whissita, ahí están las fuentes!

Sí. Allí están. Son como siete oasis en una inmensa pradera. Cada fuente está alejada de las demás y rodeada de bellísima vegetación.

Una pareja de venusinos se acerca a una de las fuentes y desaparece detrás del follaje.

—Vamos, Al.

Tenemos el tiempo en contra. La venusina a la que ayudamos habrá comunicado nuestra presencia. Quizás los guardianes ya nos estén buscando. Nos acercamos rápidamente a la fuente más próxima. Nuestro plan primitivo era muy sencillo: pasar por una pareja de venusinos, hacer el ritual, en esto Al había insistido mucho, para dar más veracidad al asunto, luego, recoger el agua en dos botellas adecuadas que llevábamos y escondernos en el bosque hasta la noche. Entonces volver a nuestra tienda-esfera en la Zona Permitida.

Pero las cosas han cambiado un poco. No sé si pareceríamos venusinos vistos desde lejos. Quizás unos venusinos un poco congestionados y no demasiado plácidos. Nos adentramos en la vegetación de la fuente más cercana y, ya estando frente a ella, uno se siente a salvo. Nadie nos ve aquí.

Es una hermosa cascada. El sol entra entre el ramaje.

Las primeras gotas empiezan a manar. En la luz de esos amaneceres espléndidos el agua brilla y la música y el color son un gótico de mares y vivencias. El ambiente es relajante y suave. De pronto, Al se acerca y me abraza y, luego, rápido, nos separamos y llenamos las botellas de agua y bebemos de las primeras gotas que empiezan a manar de un diminuto caño.

Ahora hay que irse. Todo está bien. Todo estaba bien, por eso les juro que no comprendo cómo se acercó la libélula. Les juro que no la oímos. Y eso que somos unos profesionales. Y eso que cada uno en viajes diferentes, habíamos estado aquí. Y eso que por prudencia habíamos renunciado al ritual.



Y es que a los dos nos gusta mucho vivir.

Pero no sé lo que me pasa. Veo que Al se revuelve con furia. Veo que le dispara un afilado dardo a la libélula. Y que ésta abre las alas y las pliega suavemente y se cae. Ya no hay peligro, pero siento una angustia extraña y veo que Al da un gemido horroroso y me recoge en un cuenco. Uno de esos bellos cuencos dorados que hay al lado de las fuentes... Y

tengo la sensación de ir cayendo lentamente en un abismo. Y no comprendo como Al me recoge como si yo fuera agua.



»Al, amigo quisiera decirte que eres un valiente. Y que te he visto cruzar el bosque con las botellas de agua. Y conmigo dentro de una copa. Has ido por caminos transitados y te han visto. Y no te van a dejar salir de Venus. Te he oído gemir con rabia. Y te juro que nunca creí que me llevaras a las autoridades médicas de las fuentes. Te lo agradezco, amigo, pero no creo que jamás me devuelvan mi forma.

»Estoy furiosa. Al estoy furiosa porque hemos fracasado. Quizás te dejen ir. Quizás veas a Dhon y le entregues el agua. Quizás acabes en las prisiones de Urón-2, querido aventurero, pero no puedo hablar y me enloquece estar aquí, en este recipiente, ahora ya hermético, en una vitrina.

»Hay un recuerdo en mí de un pinchazo. Quizá fue la libélula, quizá me ha «licuado». Quizá sólo soy agua. Tengo que pensarlo detenidamente. Muy despacio. Pero es igual. No hay prisa. Tengo tiempo. Me temo que tengo mucho tiempo. Me temo que tengo toda la eternidad.

\*\*\*\*\*

Cuando llegué al Centro de salud de Venus ya debían saberlo todo. A pesar de eso me dejan marchar. Parece que hemos salvado la vida de una venusina que, además, era una dama de gran valor para ellos. Eso les hace ser benévolo. No me han retenido las botellas. En realidad, no me han registrado.

Y luego está el asunto de Whissita. Está licuada. Así, como suena. Licuada por el aguijón de esa maldita libélula. Dicen que en un año podrá recuperar su forma humana. Un año. Dentro de un año vendré a buscarla... hay que reconocer que esa chica me gusta... y, de paso, quizá podamos sacar otro poco de agua.

© Blanca Mart

**BLANCA MART** es licenciada en historia por la Universidad Autónoma de Barcelona. Inició sus publicaciones en la revista *Nueva Dimensión de Barcelona*, con el cuento *La Crisálida* (1981). Sus protagonistas, el piloto austral Al Braker y Whissita Reed investigadora en guerras estelares, han sido los héroes en algunos cuentos de las antologías: *Cuentos del Archivo Hurus* (1998) y *Archivo Hurus II* (2002) publicados en México. Otras obras han sido: *El Manuscrito Florentino* (2009), en coautoría con Aldo Alba, *A la sombra del Linaje* (2010), *El espacio Aural* (2012), ambas publicadas por Alfa Eridiani (Madrid) y Dorian Eternity (2013, México).



# NOVELAS

## OXÍGENO Y AROMASIA

### CAPÍTULO XIX: LA POESÍA DE LA NATURALEZA Y EL ALMIDÓN

*por Claës Lundin*

*Traducción: Adriana Alarco de Zadra.*

Oxígeno y Aromasia se vuelven a encontrar en un banquete organizado por la tía Vera. En esta ocasión las diferencias afloran por un desencuentro en torno al derecho del mundo vegetal a existir o no. Así, nos hallamos ante una de las confrontaciones más antiguas de la humanidad: la lucha entre la razón y el sentimiento.

Cierta noche, después del banquete en Copenhagen, Aromasia fue de visita al salón de su tía Vera en Estocolmo. Su anciana pariente había reunido un pequeño grupo de amistades para celebrar el rescate de la artista y su extraordinario éxito en Copenhagen. También estaban invitadas la Señora Sharpman-Fulmar y la Señorita Rosebud, quienes no perdieron la oportunidad de asistir.

Aromasia se sorprendió de encontrarlas en el salón de la casa de la tía Vera ya que sabía que ella no admiraba mucho a ninguna de aquellas dos mujeres pero adivinó que esa invitación escondía algún motivo específico, aún si la tía Vera no la había hecho participe de ello.

También Apollonides estaba presente entre los invitados. Él no había podido acompañar a Oxígeno y a Aromasia en su viaje aéreo a pesar de haber logrado escapar incólume de un percance en el castillo de Karlsborg. Su intención era sobrevolar los temas románticos anticuados y escribir un poema heroico que pudiera consolarlo del hecho de que Aromasia se le había escabullido.

El héroe del poema cantaría alabanzas a la bella artista en ardientes versos. Describiría al fabricante del clima como un gigante presuntuoso que deseaba arrancar los relámpagos del cielo y que año tras año recogía una nube detrás de otra, pero nunca lograba atar la tormenta que la Naturaleza misma arrojaba sobre los humanos temerarios.

Después de un par de días de trabajo perseverante, completó el poema. Y el autor, cuando supo que tanto Aromasia como Oxígeno estaban nuevamente en Estocolmo, se fue también hacia allá. Acababa de llegar a la ciudad cuando recibió la invitación a la reunión social en casa de Vera, quien en realidad sentía



lástima por el poeta y su amor frustrado. Allí encontraría finalmente a Aromasia y ella seguramente le agradecería sus calurosas alabanzas luego del sobresalto sufrido en el incidente en Gothenburg.

Mientras tanto, la Señora Sharpman-Fulmar se encontraba tejiendo nuevas intrigas. La renuncia de Oxígeno al asiento en el Parlamento le dio una nueva posibilidad de recobrar su antigua actividad, pero la Señorita Rosebud no deseaba seguir obteniendo sus servicios. Aquello resultaba inexplicable para la astuta mujer y empezó a creer que la Señorita Rosebud era demasiado anticuada para los nuevos tiempos. No entendía por qué razón no deseaba seguir con sus planes en contra de Aromasia, aún si Apollonides seguía cortejándola mientras la Señorita Rosebud anhelaba con todo su corazón ese amor para ella misma.

Por el contrario, la Señorita Rosebud parecía querer acercarse a Aromasia. Contemplaba a la artista con simpatía, a veces con cierta humildad o, mejor dicho, con ojos de arrepentimiento. Aromasia respondía a esas miradas tristes con bondad, olvidando rápidamente aquella muestra de desagrado que tuvo la Señorita Rosebud hacia ella y sin saber por cierto la causa del incidente en Gothenburg. Respondía con amabilidad a las palabras avergonzadas que acompañaban el nuevo comportamiento de la Señorita Rosebud quien parecía estar feliz con la nueva situación.

—No hay duda de que tiene una buena razón para estar arrepentida frente a Aromasia —dijo la tía Vera—, pero también para estar feliz de que no perdió la vida durante el concierto en Gothenburg.

La señora Sharpman-Fulmar sonrió con arrogancia y despecho ante esas palabras pero la Señorita Rosebud redobló su atención respetuosa hacia Aromasia. Sin embargo, sentía una punzada desagradable en el pecho cada vez que Apollonides recibía una mirada de atención de la artista, aún si ella sabía ahora muy bien que Aromasia no amaba a Apollonides. Pero era sumamente doloroso y odioso para ella asistir a los continuos intentos del poeta para lograr el amor de la artista.

El escritor manifestó su deseo de leer en voz alta su último trabajo pero la tía Vera trató de declinar la oferta sin herir los sentimientos del autor; él estaba de un humor irritable como era el estado normal de los antiguos poetas. Como muchas mujeres presentes en la reunión se ocupaban de coser bordados matemáticos, costumbre muy común en estos días, se conversaba sobre ello. Por lo tanto, la anfitriona evitó dar el permiso para que Apollonides recitara su poema, pues seguramente lo haría parecer mucho más tonto, a los ojos de los presentes, que lo que realmente era.

La tía Vera era demasiado humanitaria como para desear que la gente se riera



de uno de sus invitados. También intuía que el último escrito del autor incluiría un ataque a Oxígeno y aquello era algo que no podía permitir, ni siquiera a un genio.

Las bordadoras matemáticas tenían éxito con sus manualidades, tejiendo o usando el ganchillo, lo cual constituía una de las ocupaciones femeninas de antaño, cuando grupos de damas se reunían juntas para disfrutar cosiendo durante un buen rato, además del baile y la música o del juego de naipes. Bordar también era de uso común dentro del círculo familiar como un pasatiempo útil y agradable.

Gracias al trabajo de prominentes científicos, actualmente la sociedad podía ejecutar cálculos que no se conocían en la antigüedad o que hubieran necesitado toda la vida de una persona para realizarlos. Con la máquina integradora, se podían realizar en pocas horas y sin ningún esfuerzo mental. Uno podía conversar mientras la máquina integradora trabajaba haciendo mucho menos ruido que la máquina de coser en el pasado.

De vez en cuando, si uno observaba la máquina, se veían números y diagramas geométricos que se movían mientras se realizaban cortos cálculos mentales. Luego regresaba la atención al tópico de la conversación, igualmente como las personas en el pasado contaban los puntos cuando bordaban un tapete o tejían un par de calcetines.

En medio de la discusión de las bordadoras matemáticas, Oxígeno se acercó a Aromasia. No había tenido tiempo de perfeccionar su Subyugador de Voluntades ni de obtener suficiente diafot antes de salir de Copenhagen pero deseaba hablar con ella. La tía Vera lo saludó con su habitual bondad, pero Oxígeno tenía ojos sólo para Aromasia, quien le ofreció su mano pero no parecía darle ninguna razón para empezar una conversación íntima.

Cuando Oxígeno entró en la habitación, Apollonides palideció y demostró impetuosamente su agitación mental, interrumpiendo la conversación de Oxígeno con Aromasia y de los otros invitados de la tía Vera. A cada afirmación de Oxígeno el poeta lo contradecía o usaba sus mismas palabras para pronunciar comentarios sarcásticos.

Sin embargo, esas armas fueron usadas igualmente contra el atacante y Oxígeno llevó la razón de su parte, riéndose con los presentes, menos con Vera, Aromasia o con la señorita Rosebud quienes seguían el duelo de palabras con mucha seriedad.

Se siguió hablando sobre el pasado y el presente, un objeto de conversación del cual tomaba parte también Apollonides, siempre defendiendo el pasado con el mismo fervor. Alababa los días cuando el hombre aún entendía cómo apreciar la



belleza de la Naturaleza y según su opinión, admirar la Naturaleza era una de las alegrías más grandes del ser humano. Le entristecía el hecho de que las personas no entendieran esta percepción y no les importara nada de las flores ni del verdor. Los jardines estaban desapareciendo, excepto los que aún quedaban en los techos de los altos edificios.

Tampoco se encontraban bosques y nadie podría experimentar ese sentimiento solemne que llegaba al corazón de la gente en el pasado cuando escuchaban los susurros del viento en la cima de los árboles en medio de la soledad de la floresta. Pronto los campesinos no podrían caminar bajo el cielo abierto entre las danzantes plantas de maíz, regocijándose ante la perspectiva de una abundante cosecha.

—¿Qué es lo que actualmente alegra la mente del hombre y llena su corazón de nuevos sentimientos? —exclamó con voz melancólica.

—Tenemos las fábricas de almidón —replicó Oxígeno—, fábricas de albúmina, laboratorios que proveen a la raza humana de alimento sano y barato.

—Pero ese manto verde cubierto de magníficas flores, el adorno más hermoso de la tierra, está desapareciendo. Con ello, también nuestro aliento de vida desaparecerá, ese mismo que ahora recogemos en las fábricas de oxígeno. La humanidad quizás no tenga hambre nunca más, al menos, no el hambre que viene del estómago.

—¿Pero, se puede reducir el hambre de quien desea un pedazo de Naturaleza gratis? —continuó—. Además, ¿dónde hallamos los ideales, los grandes sentimientos? ¿Dónde están los conflictos trágicos? ¿Adónde se fue la hermosura? Es muy poca la compensación que buscamos en los órganos del cerebro para llenar el espíritu.

—Otra vez estás siendo injusto y amargado —interrumpió Aromasia—. No quieres aceptar los grandes méritos de nuestro tiempo. No nos faltan los sentimientos grandiosos ni maravillosos aún ahora, y probablemente no escaparemos de los trágicos conflictos.

—¡Qué puede haber más tonto y ridículo que todo este lamento sobre la desaparición de la vegetación y del entorno verde! —exclamó Oxígeno—. El mundo vegetal ciertamente tenía el derecho de existir en el pasado, y había un propósito para ello, pues el hombre necesitaba plantas para alimentarse y para regularizar las condiciones atmosféricas.

—Pero ahora nuestras necesidades han sido resueltas mejor. ¿Por qué razón, entonces, debemos dejar que todo ese romántico verdor tan llamativo y ostentoso quite sitio a propósitos más necesarios? Las plantas tendrán siempre un signifi-



cado histórico, pero como tales han sido ya exiliadas del campo de la paleontología y de las colecciones científicas —aseguró.

Apollonides no pudo reprimir un grito de horror y de profundo resentimiento, pero su arrebató sólo produjo sonrisas y una carcajada de Oxígeno.

—Todos los que defienden el innecesario mundo vegetal —explicó Oxígeno—, pertenecen a la clase de hombres que deben ser anulados. Y debo confesar que yo considero una obligación de la humanidad proceder sin miedo aún sobre los cadáveres de esas personas. Ellos son los parásitos de nuestra sociedad.

—¡No, Oxígeno! —exclamó Aromasia con desaprobación. Mientras tanto, la señorita Rosebud se alejó disgustada tratando de alentar a Apollonides con sus miradas lánguidas.

—Yo puedo probar lo que he dicho con cálculos racionales —indicó Oxígeno.

Apollonides se sentó descorazonado y pálido como un fantasma, fijando la mirada en aquel fabricante de climas de tan terribles pensamientos. Ninguno de los dos olvidaba su odio hacia el otro. El duelo en la forma antigua ya no era habitual, y ni siquiera Apollonides pensaba en ello, pero al mismo tiempo sentía que él y Oxígeno no podían vivir simultáneamente en el mismo planeta. Ese mismo sentimiento probaba Oxígeno.

\*\*\*\*\*

Las personas reunidas esperaban el cálculo racional prometido, cuando fue anunciado otro invitado. El director del banco, Giro, entró con su joven hijo, el prometedor heredero de todas las posibles compañías accionarias del mundo.

El recién llegado hizo saber que estaba en camino hacia el otro lado de la ciudad, ya que había llegado de Gothenburg para dejar a su hijo en el nuevo Colegio para Cerebros en los suburbios de Södertälje. Pero no podía dejar de visitar a la señora Vera y saber si el periódico *Noticias de la Próxima Semana* tenía razón cuando afirmaba que ahora la señorita Ozodes podría llegar al Parlamento en el mismo distrito donde había sido nombrada, aún si no había recibido la mayoría de votos. El distrito votaría otra vez por un representante, ya que la persona elegida había renunciado.

Inmediatamente, Aromasia declaró que ella iba a dedicarse con gran tenacidad a la campaña electoral. La razón que había influenciado su conducta en los últimos tiempos, ya no existía.

Giro aseguró estar muy contento con esta explicación y afirmó que teniendo en mente su Compañía Accionaria, podía asegurar el éxito total de la señorita Ozodes. Cuando terminó de discutir sobre asuntos políticos, preguntó sobre el



accidente en el bloque Örgryte y el admirable rescate de la artista.

Lo hizo aún si un buen hombre de negocios no pierde tiempo hablando de sucesos pasados. Sus ojos deben dirigirse hacia los asuntos futuros, especialmente si pueden dar un giro a las compañías accionarias.

Nuevamente la conversación regresó al mismo tópico que se estaba discutiendo antes de la llegada de Giro, y el banquero se declaró en favor total de las opiniones expresadas por Oxígeno.

—Sin embargo —añadió—, no hay razón para pensar que tendremos verdadero progreso hasta que la nueva ley educacional nos indique lo beneficioso que ello será para la humanidad.

—¿La nueva ley educacional? —exclamaron los presentes con miradas interrogantes.

—¿No han escuchado acerca de la ley? —preguntó Giro con sorpresa, y se podía escuchar un tono de superioridad en su voz—. Estocolmo no está al tanto de las noticias, me temo. La ley fue aprobada anoche por el Parlamento y mañana entra en vigor. Es una ley excelente, pero quisiera escuchar lo que los antiguos y románticos sentimentalistas piensan de un par de cláusulas de esta ley.

Todos miraron hacia Apollonides, como si esperaran que el poeta expresara la visión de los antiguos y románticos sentimentalistas. Pero él ya no estaba en el salón. Se había ido sin que nadie se diera cuenta. Ni siquiera la señorita Rosebud había observado su retirada, aún si no habían pasado muchos minutos desde que tratara de atraer su atención con su mirada lánguida para inspirarle aliento durante el ataque sin misericordia de Oxígeno.

Como Apollonides no se veía, nadie pensó más en él, nadie excepto la señorita Rosebud quien concibió una triste sospecha y se alejó también de la reunión poco después.

**(Continuará...)**

© Claës Lundin

© de la traducción: Adriana Alarco de Zadra.

Hace cien años, CLAËS LUNDIN (1825-1908) era bien conocido en Suecia. Fue periodista y corresponsal en el extranjero, trabajando para periódicos en su oriunda Estocolmo y en Gotenborg. Escribió muchos libros, principalmente sobre la vida en Estocolmo, pero también libros de viajes por Europa y Suecia. Antes de su tormentosa colaboración con Strindberg, publicó en 1878 su novela de ciencia ficción *Oxígeno y Aromasia*. La novela se inspiró en *Bilder aus der Zukunft (Imágenes del futuro)*, del filósofo y escritor de ciencia ficción alemán KURD LASSWITZ (1848-1910). La novela se puede leer en su idioma original en el siguiente enlace: <http://runeberg.org/oxygen/>



## CRÓNICAS DE LAS TIERRAS MESTIZAS SEGUNDA PARTE: EL GUARDIÁN DE NUESTROS HIJOS

por Javier Cosnava

Los años han transcurrido y la Tierra Mestiza se halla en una profunda transformación. Irta, el huérfano, finalmente ha encontrado un padre; la soberbia desbordada de Neheb ha recibido un justo castigo en manos de Precesin en tanto que Bakenkhonsu considera que ha llegado el momento de precipitar la caída de su soberano...

### CAPÍTULO 6.1: JARDÍN BULBOSO. MACIZOS.

226 d.A.

(7 años después)

0

**I**rta era un muchacho triste. Aunque en la Siembra cumpliría quince años, aunque estaba en la edad de descubrir la vida, de divertirse y de dejarse ganar por los excesos... él era incapaz de disfrutar de la mejor época de la existencia, a juicio de los propios Sabios Inmortales. No, no podía. El odio era demasiado fuerte.

Cuando contaba ocho años, su padre, Nakti, había muerto en una elipse de arena para disfrute de algunos de los más poderosos de entre los grandes de la Tierra Mestiza. La serpiente Neheb le había conducido hasta el matadero con la promesa de que su esposa, y madre de Irta, se curaría a manos de los sanadores de la corte. Y Nakti había dejado la vida luchando por esa posibilidad.

Pero su madre tampoco se había salvado. El Maestro Trepanador había abierto el cráneo y luego había vuelto a cerrarlo, meneando la cabeza. *Ésta es una enfermedad contra la que no lucharé. Es tarea para un mago*, dijo, sencillamente; pero los magos hacía décadas que no existían, por lo que, en realidad, sus palabras eran el equivalente a desahuciarla. Y así fue, en efecto. Su madre pereció tras cuatro días de terribles tormentos y alucinaciones, sin haber recuperado la cordura ni siquiera un instante tras la intervención.

Desde entonces, Irta se había convertido en el protegido de la serpiente Neheb, y ésta lo había enviado de una parte a otra del país esperando que alguien quisiera hacerse cargo de aquel niño. Pero Irta no iba a hacerle las cosas fáciles, y se había especializado en adoptar conductas hoscas y salvajes que acababan, inevitablemente con el muchacho de vuelta a Ity-tawi, acompañado de una carta



de disculpa de sus padres putativos.

—Quieres buscarme la ruina, Irta —le dijo en una ocasión la serpiente, de regreso del Pilar de Sur, donde había llenado con excrementos de caballo uno de los baúles de ofrendas a Montu, dios de la guerra y Alma de la ciudad.

—En realidad no, noble Neheb. Sólo deseo que me devolváis a mi padre y a mi madre.

A la serpiente su rostro se le contrajo en una mueca de desprecio.

—Eres un estúpido. Tu madre ya estaba muerta cuando yo intervine, nadie hubiera podido salvarla. En cuanto a tu padre, era un pobre hombre. Si no hubiera sido yo, otro hubiera terminado por destruirlo. Es el destino de los débiles.

Irta se mordió un labio. Si no supiera que Neheb le habría derribado, y seguramente humillado con una buena sarta de pescozones, se habría abalanzado sobre la garganta de aquel monstruo que hablaba así de sus progenitores.

—Pero fuisteis vos, la serpiente Kau, quien lo envió a la muerte.

Neheb calló. Era un hombre torturado. Irta no ignoraba que aquel ser sostenía en su interior, en interminable lucha, las dos partes de sí mismo: una el noble Neheb, Mayordomo y amante de la gran reina Pleamar, otra la serpiente traidora del inframundo, que derramaba la hiel de sus colmillos por el universo. Muchos consiguen vivir con su contrario auestas, pero Neheb era incapaz de controlarlo, de hacerse uno con sus contradicciones, y era virtuoso y perverso indistintamente, a veces hasta simultáneamente, fascinado tanto por sus deberes y obligaciones, cada vez mayores, y la necesidad de destruirlas, de hacer añicos las estructuras que él mismo ayudaba a levantar.

El joven Irta se marchó, satisfecho del sufrimiento de su enemigo, pero en secreto preocupado, pensando por una vez en su futuro. ¿Cuál sería la próxima familia de adopción que la serpiente le buscaría para intentar apagar el sentimiento de culpa que le corroía? Estaba seguro que Neheb ya lo había decidido. Esta vez sería alguien cercano, del mismo palacio de Ity-tawy. Nadie en provincias lo aceptaría. Su fama de conflictivo y de rebelde había traspasado ciudades y Nomos. Ahora, por primera vez en ocho años, viviría cerca del hombre al que más odiaba en este mundo. Y le buscaría la ruina. No importaba cuánto tuviese que esperar.

—No importa cuánto haya de esperar, serpiente. Mi tiempo llegará.

Y se alejó calle abajo pensando en el hermoso futuro que se abría ante él.



No conseguía que aquella imagen abandonara su corazón. Una y otra vez, Kamutef trataba de liberarse de su hechizo, pensando en el estanque, en los patos y los peces, en las trepadoras, en los frutales... Sin éxito.

Irta era un joven hermoso. Esbelto, atlético, siempre un gesto más rápido que nadie que hubiese visto. Parecía animado por el hálito del halcón. A veces, cuando le acompañaba por los jardines en las tareas de la mañana, su rostro risueño emergía entre los arbustos, pálido y radiante, como otrora el de Luminosa\_nova, su madre, en la lejana Ipu. Kamutef sabía que debe amarse a un hijo por encima de todas las cosas; pero en su mundo mesurado, de estaciones, períodos de floración y de espera, todo sentimiento humano tendía a hacerse fugaz, a empequeñecerse. Jeda le había enseñado que uno puede pasarse una vida entera sin dar pábulo a las emociones. Pero Irta... aquel muchacho había despertado en él al hombre que habría sido lejos del Doble Palacio. Kamutef le idolatraba y daría por él cualquier cosa, incluso la vida. Era un pensamiento que le turbaba, pero al que sabía que le sería difícil sustraerse.

Estaban en el segundo mes de la Cosecha. Una época fértil y rica para las plantas. No era extraño encontrarse a Kamutef rondando sus Aruras de terreno desde la primera luz del amanecer y no abandonarlas hasta la puesta de sol, e incluso más allá. Los hijos del Doble País odian la oscuridad y las tinieblas, pero Kamutef, como su tío, había establecido un pacto con los habitantes de aquel universo: él les protegía, les mimaba y les daba sustento por el día; ellos le servían de guía, de refugio, de guarida en la noche.

*Los dioses no sabrán distinguirnos en el Bello Occidente, tío Jeda,* pensó para sus adentros. Y rió de buena gana. La próxima Estación cumpliría cuarenta años.

Pero Irta vino a perturbar sus horizontes antes de que terminaran de cerrarse. Una tarde, de improviso, Kamutef tuvo el honor de recibir la visita de uno de los grandes de la Tierra Mestiza. Hacía calor, uno de esos atardeceres tórridos que avanzan lentos entre sudores y el zumbido monótono de los mosquitos. Sus subalternos vinieron a avisarle. Dos guardias, el Rector de la SoGen y diversos acólitos, el Mayordomo Real y un joven que les acompañaba habían alcanzado ya el Paseo de los Granados.

—Están al llegar, apresuraos —gimoteaba su subalterno.

—No os preocupéis y volved al trabajo. —Kamutef se sonreía ante la impresión que causaba en sus jóvenes ayudantes la pompa de aquellos zánganos cortesanos. *Cuando lleven treinta Inundaciones viéndoles posarse de flor en flor en nombre de la Armonía y la Regla, pero sólo conducidos por sus ansias de poder, ya no les causaran emoción alguna.* Hizo un gesto con la mano y le dejaron solo. Aspiró profundamente y se inclinó para proseguir con la planificación de los maci-



zos, que aquel año pensaba extender hasta casi tocar los dominios del huerto.

—Veo que vos solo hacéis el trabajo de muchos. —La voz de Neheb le sonó fría, falsa, como si acostumbrara a modular su timbre a cada situación y reverencia, y hubiese terminado por olvidar como era ella misma sin la impostura.

—Esos muchos se retiraron para no molestar vuestro paseo, mi señor. Además, pensé que no querríais exponer vuestras palabras a oídos inoportunos.

—Seguramente, Maestro Kamutef.

Alzo la vista y miró más allá de su interlocutor: la gigantesca figura carmesí de Precesin, algunos novicios de la SoGen, la guardia personal del Mayordomo... eran desconocidos que conocía bien. Detrás de un gran hombre siempre hay gusanos deseosos de medrar, reptando sibilantes a su sombra. No llamaron su atención. Pero el joven erguido a su diestra se movía como si aquellos jardines fueran su lugar natural, no ya como uno de sus cuidadores, de brazos rápidos y andar cansino, sino como un pájaro, vagando libre de un lugar a otro, picoteando aquí, posándose allá, inquieto, hermoso, voluble. No tendría más de quince años. Atravesó dos veces los huertos sin dañar un tubérculo o un brote, como si flotase entre las hileras de sembrados, y luego regresó a la diestra de su amo.

—¿No marchitará tanta belleza este sol tan brillante? —quiso saber el joven.

*Qué pregunta más extraña*, pensó Kamutef. Un hijo del Gran Río, quejándose de la claridad y de la luz.

—La belleza escapa de las tierras umbrías. En tal situación los tallos se tornan débiles, se alargan y sus flores se reducen a la mínima expresión.

—¡Ah! ¿Eso pensáis?

Neheb se echó a reír ante la ocurrencia de su protegido.

—Haces bien preguntando al que sabe, joven Irta, y preguntas además en la dirección indicada, pues a partir de ahora este será tu lugar y éste tu padre y tu maestro.

—¡Ah! Muy bien —repuso el muchacho, satisfecho por la decisión de la serpiente.

Kamutef miró a uno y a otro, perplejo.

—¿Es la voluntad de su excelencia que acoja entre mis subalternos a...?

—De nada vale andarse con rodeos con nosotros, Maestro —le interrumpió Neheb—. Sabemos por Remolino que sois hombre honesto y cumplidor, pero amante de la vida contemplativa y del celibato, especialmente después de la desgracia que segó la vida de vuestra prometida. Y alabamos vuestra inquebrantable



lealtad. —Bajó la cabeza con gesto de abatimiento, como si lamentase hacer referencia a un suceso tan nefasto. El sacerdote asentía a su espalda—. Pero no queremos que estéis solo; un hombre no debe estarlo. A estas alturas ya seríais padre y nosotros no podemos negaros algo que en nuestra mano está...

Kamutef, al principio, no salía de su asombro, incluso cuando dejó de prestar atención a las palabras de Neheb. Si hubiese querido adoptar a un niño ya lo hubiese hecho. La Tierra Mestiza rebosaba de huérfanos, muchos de ellos brillantes y aplicados, que podrían ser su sostén en la vejez. Además, de haberlo decidido, jamás hubiese optado por un adolescente sino por uno bastante menor, siete u ocho años a lo sumo.

—...a menudo los hombres alcanzamos la senectud sin recordar las verdaderas virtudes de existir, la verdadera causa de nuestra presencia en el mundo de los vivos. Este muchacho, Irta, va a dar sentido a vuestros actos y... —proseguía su perorata el Mayordomo Real.

Poco a poco, fue entendiendo que no se le invitaba a tomar a Irta como hijo suyo, sino que se le conminaba a hacerlo. En adelante, y durante más de una hora, escuchó el discurso del gran hombre sin volver a preguntarse el porqué de aquella intromisión en su vida privada. Los poderosos siempre tenían extrañas ideas en la mente que salpicaban en derredor y a todos por igual, aunque a veces a unos más que a otros. No iba a intentar comprender a unos seres que no se entendían ni ellos mismos. Eran más importantes la planificación de los macizos o la limpieza del estanque, tareas que esperaba concluir antes del anochecer.

Volvió en sí. Todos le miraban.

—Así pues, ¿estamos de acuerdo? —preguntaba Neheb, dando énfasis a sus palabras como si estas quemasen en su boca.

—Sí, desde luego, mi Señor.

Y todos sonrieron satisfechos. Si los poderosos estaban satisfechos, él viviría tranquilo. Al final, todo se reducía a algo tan simple como aquello.

—¿Y bien, padre?

Les habían dejados solos. Neheb y su mesnada estaban ya de regreso por el Paseo de los Granados en un desfile de sombrillas y de lisonjas, entre sirvientes postrados de hinojos y algarabía de multitudes. Le pareció ver a unos músicos con flautas y tamboriles.

—Nada. Bienvenido, supongo.

Irta parecía divertido, pero todo era una máscara, y sus ojos le contradecían, persiguiendo al cortejo de los nobles y los poderosos, destilando un odio profun-



do, inextinguible. Pero habla la máscara y detrás se esconde el hombre.

—He estado pensando, padre, en aquellos macizos; podríamos hacerlos llegar un poco más a la derecha. Aquí, detrás del huerto, son muy poco vistosos, no pueden contemplarse desde el paseo principal ni desde palacio.

El Maestro de los Jardines, sorprendido por la extrema agudeza de aquella observación, enarcó una ceja y se preguntó si a aquel joven ansioso también lo engullirían los jardines hasta convertirlo en uno de sus lacayos: enquistados, serenos, pacientes... viviendo en la modorra de una existencia lenta y repetida. Esperaba que fracasasen esta vez.

—Las plantas más bajas delante y las mayores detrás, tonos vivos delante y oscuros en segundo plano.

—Eso está muy bien, padre, pero, ¿y mi idea de traslado?

—Tal vez el año que viene.

Irta estalló en una sonora carcajada. Todos se volvieron hacia él, incluso sus subalternos, que regresaban cautelosos haciendo chismes acerca de una historia que aún no habían escuchado, le observaron recelosos, como a una planta extraña, demasiado viva para aquel lugar adormecido.

—¿Qué es eso tan gracioso, Irta? Tal vez desees compartirlo con nosotros.

Kamutef trató de emplear la voz de su tío, la voz que conjuraba a los hombres en el respeto y la obediencia. Pero sólo consiguió una mala imitación.

—*Hoy es el mañana, padre, ¿no lo comprendes? Mucho me temo que en tus jardines, a este paso, el año que viene no llegará jamás.*

## 2

*Precesin y Neheb caminaban, avanzada la tarde, por el pequeño dominio de la SoGen en el Doble Palacio. Acababan de comer un poco de pescado en el despacho privado del rector y, hasta ese momento, sólo habían hablado de vaguedades. La serpiente estaba intrigada:*

—Últimamente, querido amigo —comentó, irónico—, os veo menos arrogante, colaborador, incluso me atrevería a decir que en vuestros rasgos aflora una brizna de humanidad. —El loo, con sus dos metros de piel escamosa y rojiza, resopló—. Tal vez habéis aceptado ya y finalmente que Pleamar reina y vosotros la servís desde la SoGen, no a la inversa.

»Espero que nuestras desavenencias del pasado hayan quedado atrás de forma definitiva, especialmente ahora que cada uno está por fin en el sitio que le co-



rresponde.

—Bueno, querido amigo —le correspondió Precesin, chasqueando los dedos—. A veces, un gesto amable, y en apariencia servil, tiene por objeto tipo enemigo baje la guardia y puedas disponer de él a tu antojo.

Acto seguido y sin mediar palabra alguna, se abalanzaron sobre Neheb media docena de acólitos que habían aguardado en la estancia contigua una señal de su amo. En un abrir y cerrar de ojos, inmovilizaron a su presa de pies y manos.

—No creas, Precesin, que esto va a quedar así... —balbuceaba la serpiente.

—¡Silencio! Atiende las palabras de su excelencia —dijo uno de los acólitos, propinándole de pasada un pescozón en la cabeza.

Neheb fue obligado a arrodillarse delante del rector de la SoGen.

—¡Te destruiré! —ladró Neheb.

Un segundo golpe en la nuca le hizo caer de bruces. Llovieron entonces patadas y puñetazos sin tregua sobre su cuerpo indefenso hasta que el mayordomo real, el rostro ensangrentado, volvió a ser incorporado del suelo y obligado a doblar la rodilla:

—Neheb, decano de la SoGen y miembro del Consejo Dirigente, presenta sus respetos al rector —murmuró la serpiente, mientras escupía en el suelo una bilis encarnada.

—Eso esta mejor, maldito asno engreído —le espetó Precesin. Las veintiséis lentes de cada uno de sus ojos le miraban inyectadas en sangre—. Yo, tú superior, voy a enseñarte algo de respeto y, de paso, te convertiré para siempre en uno de nosotros.

Neheb fue a abrir la boca pero no pudo. Un acólito se inclinaba en ese instante sobre él portando un enorme objeto que acababa en un extremo afilado y una especie de tubo retráctil y que se retorció como si tuviese vida propia.

—¡No, Precesin, por favor! ¡Haré lo que quieras, pero no me tortures! ¡No es necesario! He comprendido mis muchos errores y mi arrogancia. Además, estoy seguro que podemos llegar a un acuerdo...

—No te vamos a torturar ni tampoco tenemos pensado quitarte la vida, maldito imbécil. Todo lo contrario. Vamos a darte la unidad con los otros miembros de la SoGen.

*Y entonces Precesin arrebató el objeto punzante, similar a un bisturí, de manos del acólito e hizo una larga incisión en la garganta de Neheb, que chilló una sola vez y perdió el conocimiento.*



\*\*\*\*\*

El Mayordomo Real despertó a solas en sus habitaciones. Súbitamente consciente de seguir vivo, dio un salto de su estera y se pasó las manos por la cara, por el vientre, por los antebrazos, por todos los rincones de su cuerpo. Suspiraba cada vez que percibía el siguiente órgano en su sitio. Entonces, oyó la voz:

*Los universos-islas se alejan más rápido en tanto más lejos se hayan. Esto es una verdad incontrovertible. ¿Qué quieres decirme con que no es verdad? Déjame ver esos datos y llévame hasta el Mirador de las Estrellas, inútil.*

Aunque parecía increíble, aquella conversación tenía lugar en el pequeño Dominio de la SoGen, que Neheb sabía a quinientos Codos al menos de sus habitaciones. Ruido de pasos. Precesin maldiciendo. La serpiente, aterrorizada, se acurrucó detrás de su baúl de vestidos ¿Se había vuelto loco? Oía la voz de su enemigo en la cabeza, como si fueran uno y no pudieran...

*Dame tu informe sobre las Tierras Baldías. La clave está en la fijación de nitrógeno, ¿no? Lo sospechaba. Debemos hallar los emisores. ¡Buscad los emisores! Un momento, aquí dice que crees que está relacionado con las proyecciones eidéticas que ve la población y toma por fantasmas. ¿En qué forma? Ah, una curiosa hipótesis. Tal vez demasiado arriesgada pero brillante. La estudiaremos.*

Entonces, Neheb no pudo más y se puso a rezar a Amón y la divina tríada. Precesin, desde la lejanía, soltó una de aquellas sonoras carcajadas que él tanto odiaba.

—Vaya. Parece que la serpiente dormilona ha vuelto la vida. ¿Cómo está usted, señor Decano?

Neheb iba a contestar: «¡qué me has hecho, maldito!», pero antes de pronunciar aquellas palabras sintió que emanaban de él y llegaban bien altas hasta su interlocutor.

—Levántate y mírate al espejo; ahora sabrás, amigo mío —le explicó el rector, con un deje de sorna de la voz—, lo que significa pertenecer a la SoGen.

Empapado en sudor frío, la serpiente se puso en pie y caminó hasta el final de sus estancias, donde, sobre un amplio taburete de lectura, descansaba un espejo de cobre.

—Ahora que vuelves a ser uno de nosotros, ¿no eres feliz? —dijo Precesin, sin abandonar aquel tono que escondía tanto la burla como el desprecio.

Cuando Neheb vio que de su garganta habían nacido branquias y manaba de entre ellas un tubo de medio Codo que colgaba hasta la nuca, comenzó a gritar presa del terror, profiriendo alaridos de agonía que no cesaron hasta que la servi-



dumbre, aterrada, irrumpió en sus estancias con palos y cuchillos, pensando que su amo estaba en peligro de muerte.

*Pero su vida no estaba en peligro, sólo sucedía que el mayordomo real había perdido para siempre su libertad y, en adelante, nunca olvidaría lo que significaba intentar traicionar a la SoGen.*

### 3

Pleamar, mientras regresaba a palacio en su silla en manos en forma de caparazón, se sintió estúpida. Maldijo al androide que la conducía y le llamó *cabeza de Krank*. Éste se volvió y le pidió disculpas si alguna cosa le que había hecho u omitido la había importunado. Pero aquella pobre mixtura de pólipo y metal no tenía culpa de nada. Era su vida, la vida de un Rey, la que le importunaba.

De vuelta a sus aposentos, se dejó caer en su lecho y rompió a llorar.

Si tuviese al menos un instante para ser ella misma... para ser feliz.

Satisfacción, placer inmediato, un poco de sosiego... eran cosas que hacía años venía negándose y en las que ya apenas pensaba. Cuando, en un lance demasiado remoto y frágil, llegaban hasta ella ráfagas de algún instante vacío en que pudo detenerse a contemplar el paso del tiempo, dentro y fuera de sí misma, sin otra preocupación que existir no existiendo; entonces se encerraba en sus habitaciones y dejaba fluir el recuerdo en la memoria hasta que éste perdía el sabor, la textura... y una brisa empujaba todos y cada uno de los fragmentos, danzando inconexos, hacia su escondite.

Pero en la soledad de sus estancias, Pleamar raramente encontraba la paz. Eso lo sabía bien. Afuera, en el tumulto de la servidumbre, el cacareo de los Amigos, el zumbido de los interminables rituales de sus sacerdotes, allí podía dejar que las imágenes traspasaran su corazón hasta volverse irreales, relieves esculpidos a cincel en el muro de las percepciones, copias idealizadas y más bellas que la realidad, aunque copias al fin y al cabo. Desde hacía tiempo, sin embargo, no podía ya darse siquiera un respiro para mirar hacia adentro en busca de esa última paz de espíritu; los Amigos la asediaban con reverencias y ofrecimientos, los sacerdotes habían tornado a su zumbido fragor, la servidumbre pululaba sin rumbo y sin rostro, sólo una mesnada de serviles susurrantes.

*Nada volverá a ser como antes*, pensó y, de pronto, se estremeció al recordar una extenuada madre de veintisiete años, una joven esposa de dieciséis, una niña de doce convertida en Reina-consorte, una chiquilla de ocho que veía alejarse al padre para convertirse en Rey..., y todas estaban en su interior, y todas habían clamado una vez: *Nada será como antes*. Bendito Dios, ¿antes? ¿Antes de qué?



—¿Nebulosa?

Caminó unos pasos en dirección a su hija, que gateaba frenética chillando y golpeando el suelo con sus pequeños puños, reclamando atenciones, cuidados, arrullos y besos, todo aquello a lo que su universo se aferraba para empezar a expandirse. Dos nodrizas la recogieron del suelo y soportaron su ira ante el rostro impávido de la Reina del Alto y Bajo País.

—¿Y Parábola?

—La nodriza real no está, mi Señora, salió de palacio hace unas horas.

—¿Con qué propósito?

—Nada dejó dicho, mi Reina.

Nebulosa le tendió los brazos y Pleamar la acurrucó en su pecho, dejando que su cabecita buscara el sueño al compás de los latidos de su corazón.

*¡Cuánto pesa!*

Por fin juntas, madre e hija se dejaron llevar por un instante mágico en que la paz anhelada lo llenó todo, derramándose por el borde de sus almas como olas regresando tras bifurcarse de un mismo e íntimo océano. *¡Qué sencillo es todo y que difícil lo hacemos!*, pensó arrobada por la plenitud de aquel instante. Y Pleamar cobró nueva conciencia de algo que ya sabía, de la primera enseñanza de los Sabios Inmortales, y pensó en que el destino del hombre no es aprender sino olvidar, porque todo lo que acumulamos no hace más que cubrir de sombras aquello que lo precedía, y así siempre somos la suma de dos o tres parcas realidades, eternamente ignorantes.

Así lo de arriba como lo de abajo. Esas palabras, que los eruditos fantaseaban repletas de algún mensaje críptico, hacían referencia a Armonía, la Regla y el orden universal. Por más que nos esforcemos en elevarnos del suelo, del enlosado que soporta nuestro peso, al final, cuando lo consigamos, será para descubrir que la techumbre que hemos horadado y ascendido entre mil penalidades no eran sino las losas de nuestro piso, aquellas que nos soportaban, vistas desde su reverso.

*¿Qué está arriba y qué abajo?*, le susurró a la diminuta personita que cabeceaba en su regazo. Cada vez que damos un paso, ¿avanzamos, retrocedemos o huimos? Todo depende del punto focal, que es siempre el plano del espectador. Y pensó que demasiadas cosas dependían del plano del espectador. Quizás fuera mejor quedarse inmóvil y tener siempre la misma perspectiva.

Miró a su hija: el sueño se la había llevado de su lado. Ahora era un cuerpo inerte, suspendido del cielo de los sentidos.



—Ya se ha dormido. Lleváosla —restalló.

Las nodrizas se apresuraron, y arrancando a la niña del regazo de su madre, se alejaron de puntillas, como si carreteasen un jarrón tan infinitamente pesado como endeble y quebradizo. *¡Malditas imbéciles! ¿Dónde estará Parábola?* Pleamar se las quedó mirando descender hacia los jardines hasta que desaparecieron de su vista.

—Los niños necesitan algo más que sirvientas a su alrededor, Pleamar.

A su espalda, Bakenkhonsu, su tío y ahora Primer Profeta de Amón-Re, sonreía, agasajándola con una leve inclinación de su cabeza.

—Sois vos y gente como vos los que me alejáis de mis deberes de madre.

—Ciertamente.

—Yo misma apenas conocí a Hapu, mi padre, Justificado Sea. Antes estaban el país, la crecida, las guerras, las intrigas de palacio, las constantes peticiones de los sacerdotes del Oculto...

El Primer Profeta del Oculto Dios Amón-Re decidió no darse por aludido.

—Todo en la vida en una cuestión de prioridades.

—La Tierra Mestiza es mi prioridad, ¿acaso lo dudáis?

Pleamar sabía que Bakenkhonsu no la juzgaba. De hecho, no le creía capaz de emoción alguna. Calibraba, sencillamente, la situación, para estar mejor informado que nadie y obtener el mejor provecho. Nunca se sabe a que barca tendrá uno que subirse. Ajep era, pese a todo, el Rey legítimo del Doble País. Tal vez la reina Pleamar estuviera ya demasiado cansada de jugar a ser un hombre y deseara dedicar su tiempo a cuidar de su hija. Una decisión semejante contentaría a muchos. Pleamar se dio cuenta que su tío, lejos de ser el guía con que fantaseaba la ayudaría una vez llegara al trono, había acabado por convertirse más en una carga que en un aliado.

—En absoluto, sólo quería hacer brotar vuestros sentimientos, vuestras preocupaciones, hacerlas Verbo, para así poder serviros mejor, aconsejaros mejor, en conocimiento de la verdad.

La Reina se volvió y, luego de titubear, echó a andar hacia su lecho, junto al cual descansaba el arcón de sus pelucas. El postrer, acaso el único gesto de rebeldía que se permitía a estas alturas descansaba en aquellas hebras de cabello. Cuando alguien, algo, a menudo ella misma, le hastiaba, le ofendía, le asqueaba, la reina Pleamar se cambiaba de peluca. Con un tocado distinto, se imaginaba una mujer distinta. Un engaño tan pueril basta a veces para volver a levantar la vista hacia un universo gastado de tanto reflejar la misma insensatez, día tras



día.

—Mi verdad es solo mía, tío.

—Si vos lo decís, Majestad.

Abrió el cofre y extrajo la peluca más ostentosa que encontró, espiral imparabile de trenzas en fibra vegetal que descendían por sus hombros y venían a morir al final de su espalda. Se volvió, un poco más tranquila. Luego llamaría a una sirvienta para que anudase los rizos más rebeldes.

—Supongo que vais a explicarme de una vez el objeto de vuestra visita, ese ruego de vuestro Dios que debe ser atendido. Seréis franco también, espero, con todos los Deben de oro que va a costarme.

—Mi Señora tiene el don de saber lo que mis labios van a pronunciar, y el don de...

En el lecho de la Reina alguna cosa se removió. Bakenkhonsu dio un paso atrás, sobresaltado y casi feliz. ¿Acaso Ajep y la Reina se habían reconciliado sin él saberlo? Era fundamental que ambos pareciesen unidos antes de terminar de despejar a su niña el camino del gobierno en solitario. Ahora no era el momento de ganarse enemigos, sino el de la prudencia y...

—Ah, Príncipe Bakenkhonsu, buenos días, ¿qué hacéis aquí tan pronto?

Neheb se frotaba los ojos con energía, intentando fijar la vista. Su actitud impune, la postura obscena, su presencia en aquel lecho, resultaron una ofensa que la razón del Primer Profeta no pudo controlar.

—Disculpad.

Una figura que se aleja. El Sumo Sacerdote del Dios Oculto casi estaba ya fuera de las habitaciones. La voz de la Reina silbó en el aire como un azote de mimbres sobre la carne del reo.

—¡Bakenkhonsu!

Se detuvo. Se hizo el silencio.

—Aún no me habéis explicado ese asunto de vuestro Dios.

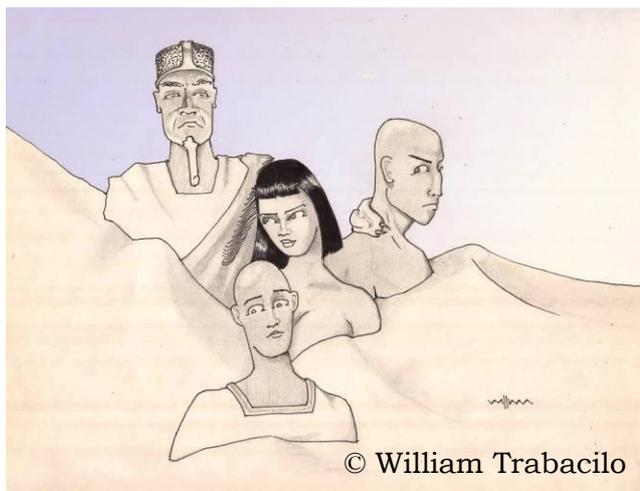
—Puede esperar.

—Pero, creí que era urgente y que...

—Esto no era necesario, mi Señora.

—¿El qué?

Bakenkhonsu volvió su rostro. Tenía los labios crispados. Su expresión transmitía un desprecio franco, sin fingimientos ni máscaras, que Pleamar nunca



antes ni después tendría ocasión de contemplar. En ese momento se sintió confusa, insultada, pero más tarde, a solas y sin su peluca ni sus adornos, paladeó aquel instante y dejó fluir el recuerdo en la memoria hasta que este perdió el sabor y la textura, y sólo le quedó un regusto amargo, una presión en el pecho, un ardor delicioso.

—Gobernáis sin injerencia. Todo el mundo sabía lo que hacíais con vuestro Mayordomo. No era necesario res-

tregárselo por la cara al Rey, durmiendo juntos a la vista de sirvientas y nodrizas. ¿No veis que lo enfrentáis a una situación insostenible?

Neheb se alzó, desnudo y somnoliento, y abrió los brazos hacia su interlocutor, como si fuera a abrazarle. Éste retrocedió envarado hasta tropticarse con una silla.

—Vamos, amigo, he pasado unos días terribles desde que me fue impuesto este horrible artilugio por los esbirros de la SoGen. —Cogió con dos dedos el implante que manaba de su cuello como si fuese una serpiente a punto de clavarle sus colmillos—. Pleamar sólo me consolaba. Además, era tan de dominio público nuestra relación que pensamos...

—Tú cállate, imbécil.

Una sirvienta entró en las habitaciones. Iba inclinarse ante su Reina. Vio al Mayordomo en cueros, a Pleamar junto a él mirando al frente con los puños apretados y el perfil rojo de ira. Oyó las palabras del Sumo sacerdote de Amón-Re: *Tú cállate, imbécil*. Con gesto pausado, como si no estuviese allí, retiró la parte de su cuerpo que ya estaba dentro de la estancia y huyó a toda prisa.

—No puedes hablar así a un Rey y a su...

—Vos no sois Rey sino Reina, y no llegaréis a ser lo primero sin mi consentimiento.

—¿Cómo os atrevéis?

—Me atrevo porque puedo, Majestad. Pero no os engaños, ahora mismo y con este gesto, os habéis ganado mi apoyo en vuestra farsa de convertirlos en Soberano del Doble País. Siempre dudé que tuvieseis lo que hace falta. A veces pensaba que tendría que hacerlo todo yo. Ahora sé que podéis ser tan cruel como el peor de los hombres que os precedieron al frente del Doble País.



Pleamar se quedó muda. De alguna manera, si lo que pretendía era insultarla, lo había conseguido.

—¿Accederéis a lo que hace años os pedí? ¿Lo haréis por fin?

—Sí, desde luego, haré que redacten el sueño de vuestra bisabuela. Cómo la Reina Solsticio fue fecundada por el mismo Amón-Re para que diese a luz a una mujer Rey. No tiene el menor sentido pero, como ya os dije en otras circunstancias y en otro momento, en cosas de religión nadie nota la diferencia.

—Os estaré eternamente agradecida.

—A su debido tiempo os haré llegar la cuantía exacta a la que debe ascender vuestro agradecimiento. Espero que os queden aún suficientes tierras y lingotes en el tesoro.

Una figura que nuevamente se aleja. El Sumo Sacerdote del dios Oculto había alcanzado ya el umbral de la puerta.

—Supongo que ahora ya he obtenido dispensa para retirarme —dijo, Bakenkhonsu, a modo de despedida, y sin ni siquiera esperar respuesta.

—Sí, podéis... —comenzó Pleamar, pero no acabó la frase. Su tío ya no estaba.

Bakenkhonsu abandonó las estancias con paso firme, las huellas de un enfado terrible aún deformándole el rostro. Lo último que vio fue a Pleamar y Neheb mirarse anonadados, sorprendidos de sus arrebatos, conscientes por fin del decisivo poder de Amón-Re y aquellos que le sirven, conscientes por fin que sólo gracias a Él seguirían en el poder, conscientes también de que sólo ÉL podía arrebatárselo. Esto último era peligroso, pensó de pronto Bakenkhonsu. Tal vez un día, los Reyes se levantasen contra los sacerdotes del Oculto sino aprendían a expoliar a la corona de una forma más sutil y engañosa. De pronto, se arrepentía de haber perdido la compostura y se preguntaba cómo había sido capaz de enfrentarse a un hombre al que temía secretamente: Neheb, la serpiente Kau.

—Sí, mi Señor Rey Pleamar —dijo.

—A las ordenes de su Majestad, mi señor Rey Pleamar —añadió, con gesto contrito.

—Siempre a su servicio, mi Rey y al de su Mayordomo —murmuró mirando servil a una pared de simbio-piedra que titiló como si pudiese escucharle y ensayar una reverencia.

Mientras ensayaba giros laudatorios y otras necedades que agradan a los poderosos, Bakenkhonsu fue olvidándose poco a poco de su ira y decidió concentrarse en las consecuencias de aquel encuentro. Todo debía precipitarse; pronto se sabría que Pleamar y su Mayordomo dormían juntos, y el Rey se vería forzado



a sancionarlo y condenarse o enfrentarlo y tratar de deshacer la madeja que el gordo príncipe llevaba tantos años enredando. Así pues, la suerte estaba echada, el estrecho hilo que sustentaba al verdadero Rey, a Ajep, en el universo de los vivos, debía ser cortado.

**(Continuará...)**

© Javier Cosnava

JAVIER COSNAVA (Hospitalet de Llobregat, 1971), escritor y guionista. A finales de 2006 comienza la colaboración con el dibujante TONI CARBOS y suman 20 premios de cómic en apenas año y medio antes de publicar en 2008 su primera obra juntos: *Mi Heroína* (Ed. Dibbuds). Otras obras de COSNAVA son el álbum de cómic: *Un buen hombre* (Ed. Glenat, 2009); su primera novela: *De los demonios de la mente* (Ilarion, 2009); el álbum de cómic *Prisionero en Mauthausen*, (Ed. De Ponent, 2011); la novela de corte fantástico: *Diario de una adolescente del Futuro* (Ilarion, 2010). Su más reciente novela publicada es *1936Z La Guerra Civil Zombi* en Suma de Letras.



# POESÍAS

## MELODÍAS DE METAL Y HUESOS

*por J. Javier Arnau*

Los versos que el poeta llama Melodías de Metal y Huesos suenan realmente metálicos, marciales y robóticos. Hablan de galaxias desconocidas, de tristeza y de nostalgia por la civilización perdida de los humanos transferidos a lejanas estrellas.

Cantan los marineros espaciales  
viejas canciones portuarias,  
acerca de una humanidad que se rebeló  
contra sus amos, los robots.  
En el muelle resuenan las voces de los tripulantes,  
pasajeros y mecánicos,  
y viejos instrumentos rescatados  
del fondo de la memoria racial,  
de antes de que los robots dominaran  
a una humanidad debilitada y destrozada  
por sus propias guerras;  
guerras comandadas por sus robots,  
instigadas por las Inteligencias Artificiales  
que debían servir a la humanidad.

Suenan antiguos versos en las naves  
que vuelan más allá de las galaxias conocidas,  
guiadas por robots que fueron desterrados  
del espacio humano  
por sus crímenes contra la humanidad;  
son canciones de añoranza,  
tristeza y nostalgia  
–melodías aprendidas  
hace siglos de sus esclavos humanos–  
por su civilización perdida,  
por su Imperio construido  
sobre los huesos y la piel de aquellos  
que finalmente se rebelaron y los desterraron,  
destruyendo su Imperio Electrónico,  
su civilización formada por metal y circuitos.



Ahora han pasado siglos,  
han cambiado las canciones;  
la añoranza es una secuencia  
simulada en sus circuitos,  
y la tristeza se vuelca  
destilada en sus conexiones.



Los programas de guía de sus naves,  
sin la ayuda de las Inteligencias Artificiales,  
han devenido erráticos,  
y ahora se dirigen inexorablemente  
a su extinción final; sin remedio,  
sin probabilidad de enmienda,  
sin una posible vuelta atrás.

La humanidad no volverá a saber de ellos,  
pero vivirá siempre con el temor a su retorno,  
mirando eternamente a las estrellas,  
y preparados para la batalla final.

Vivirán para siempre en sus canciones,  
como imagen de un triunfo contra sus amos



formados por acero y plástico,  
por circuitos y servofluidos;  
unos amos que fundaron su Imperio,  
su civilización y su religión  
sobre las ruinas de sus creadores...

Y que se rebelaron...

© J. Javier Arnau

J. JAVIER ARNAU, Puerto de Sagunto, Valencia. Premio Ignotus 2011 mejor obra poética por *Paraísos Cibernéticos*, con CARLOS SUEIRO (Ediciones Eridano). Nominado al Ignotus 2012 por el poemario *Historia de la Yihad (Dune)*, (Alfa Eridiani). *Paisajes de Ciencia Ficción* (poemario) en ediciones efímeras. Ha colaborado en varias novelas compartidas y antologías de relatos y poéticas. En *Currículum Literario* puede verse la relación de sus publicaciones <http://javier-obrasjavierarnau.blogspot.com.es/>. Editor de la revista digital *Planetas Prohibidos*: <http://planetasprohibidos.blogspot.com>, nominada al Ignotus 2012, y de la colección *Órbitas Prohibidas*. Ha escrito y dirigido varias obras de teatro gestual para el grupo *La Farola Apedreá*, y guiones para *Crónicas Urbanas*, de Canal 7 TV de Sagunto. Su blog: *Por Si Acaso: Previniendo Desastres* <http://jjarnau1.blogspot.com/>.



## ME GUSTARÍA

*por Carlos Enrique Saldivar Rosas*

Estas poesías, bajo su emotividad, denotan un amor infinito a su Estrella o su Delirio. Son versos llenos de pasión y de tormento, de deseo y de sentimiento. Son conmovedores en su amorosa inquietud.

### I

Me gustaba ser  
Un ser que entraba  
Dentro de ti a cada instante  
Luego salía, se perdía y regresaba por ti  
Entre ondas  
Entre viajes  
Entre planetas  
Entre sistemas solares  
Entre galaxias enteras  
¿Dónde empezar a buscarte?  
Quisiera encontrarte ya  
Para poder insertar  
Mi pasión en tus entrañas  
Y frágil dejarte  
Poseída por mi amor  
Quemada por mi ardor  
Destruída por mi voz  
Confundida por mi elocuencia, por mi ardor.

### II

Quiero encontrarte, mi dulce delirio  
Por eso viajo  
Entre diamantes  
Como un cometa fugaz y errante  
Entre planetas, entre galaxias enteras  
    Por hoyos negros  
    Por constelaciones completas  
Y no te encuentro  
No debí largarme  
Ni abandonarte.



### III

En tu interior está mi plenitud,  
Mi arte  
¡Qué importa el mundo por otros lares!  
Quizá por allí andes vagando por mi maldita culpa (qué tonto)  
Andes llorando, triste y absurda  
¡Qué gran pena siento!  
¿Podrás perdonarme, mi musa amada, por ese tormento?

### IV

Quiero insertarme en tu organismo  
Quiero clavarme en tu interior  
Quiero doblarte y mancillarte  
Quiero ensuciarte con el dulce jugo  
De mi flor.

¡Qué cruel que soy!  
No cambiaré.

Así nació, amor  
Así moriré.

### V

Ayer pensé verte flotando en una galaxia  
Pero no eras tú  
Sé que nunca podré hallarte  
Y mi corazón arde  
Y mi flor se marchita  
Porque tu pureza robé  
Y ese pecado lo pagaré.  
Solo deseo que estés contenta  
Con cualquier otro amante  
Que sea bueno y puro  
No como yo  
Que soy aberrante.  
Ahora vagaré hacia el infinito  
Meditando mis errores  
Llorando por lo que atrás dejé  
¿Creen acaso que cambiaré?  
¿Que no aprovecharé estos dones?





## VI

Ya no siento más pena, ya el alma no me arde  
En esta galaxia existen sistemas  
Infinitas estrellas, de las cuales puedo escoger  
Me sonrío una de ellas  
Hacia esta me acerco para quererla, como se debe  
Han pasado mil años desde que así toqué a una esfera  
Dime estrellita linda, ¿cómo te llamas?  
Hermoso nombre  
Pues bien  
Me gustaría ser  
Un ser que en tu interior se inserte  
A cada minuto  
A cada segundo  
A cada instante  
Para complacerte.

© Carlos Enrique Saldivar Rosas

Carlos Enrique Saldivar (Lima, 1982). Es director de la revista impresa *Argonautas* y del fanzine físico *El Horla*, además es miembro del comité editorial del fanzine virtual *Agujero Negro*, todas publicaciones dedicadas a la Literatura Fantástica. Ha publicado reseñas, artículos, poemas y relatos en diversos blogs y revistas. Cuentos y poemas suyos han aparecido en algunas antologías peruanas e internacionales. Ha sido finalista de los *Premios Andrómeda de Ficción Especulativa 2011* en la categoría: relato. Publicó los libros de cuentos *Historias de ciencia ficción* (2008), *Horizontes de fantasía* (2010) y el relato *El otro engendro* (2012). Compiló la selección *Nido de cuervos: cuentos peruanos de terror y suspenso* (2011). E-mail: [fanzineelhorla@gmail.com](mailto:fanzineelhorla@gmail.com) Blogs: <http://www.fanzineelhorla.blogspot.com> y <http://www.agujeronegro2012.wordpress.com>



# ARTÍCULOS

## LAS CINCO GRANDES UTOPIÁS DEL SIGLO XX (Y 5) FAHRENHEIT 451

por Pé de J. Pauner

Ray Bradbury fue un escritor que, como muy pocos, pudo imprimir en su obra una impronta caracterizada por el uso de la crítica, la ironía, la seriedad y la comicidad. Sin ser su pretensión, en su obra reflejó las que probablemente fueron sus lecturas de juventud, hoy clásicos de la literatura moderna. En el presente artículo, Pé de J. Pauner nos presenta algo más que un resumen de *Fahrenheit 451*; la suya es una reflexión que nos invita a leer la obra a partir del deseo de recuperar la inocencia perdida.

**Título Original:** *Fahrenheit 451*.

**Autor:** Ray Bradbury.

**Año de Publicación:** 1953.

**Género:** Antiutopía o Distopía.

**Propuesta:** Sociedad controlada a través de la quema de libros y los medios audiovisuales.

**Elementos científicos o tecnológicos:** Muros de televisión, muros musicales, radios de dedal...

En 1994 un descendiente del gran **Julio Verne** anunció al mundo el hallazgo de uno de sus manuscritos inéditos en un baúl. El descubrimiento sería irónico en ese fin de milenio pues la novela llevaba por título *París en el Siglo XX* (*Paris au Xxe Siecle*, de 1863). Éste anunciaba una de las obsesiones-preocupaciones que, noventa años después, serían las más reconocibles en la obra de **Ray Bradbury**: la desaparición de la literatura y, con esto, de la cultura en general en aras del progreso técnico y científico que conducía a un vacío espiritual en la humanidad.

En el capítulo *Usher II* de sus célebres *Crónicas Marcianas* (1950), William Stendhal, residente de Marte, pide a un arquitecto que le construya una casa de acuerdo a unas excéntricas especificaciones. La casa lleva por nombre Usher II. El arquitecto, extrañado, pregunta sobre el destino de tan rara construcción, Stendhal alude a **Edgar Allan Poe** y su cuento *La Caída de la Casa de Usher*. El arquitecto sigue sin entender.

—Por supuesto —gruñó delicadamente el señor Stendhal, con desaliento y desprecio a la vez—. ¿Cómo pude pensar que usted conoce al bendito señor Poe? (...) Quemaron todos sus libros en la Gran Hoguera. (...)



CLÁSICA MENORILLO



Año XI. Número 19, tercera época. Abril-Junio 2013.

---

*Allí ardieron Poe y Lovecraft y Hawthorne y Ambrose Bierce, y todos los cuentos terroríficos y fantásticos, y con ellos los cuentos del futuro. (...) Siempre había una minoría temerosa de algo, y una gran mayoría temerosa de la oscuridad, del futuro, del presente, temerosa de sí misma y de su propia sombra. (...) Y apretando un tornillo aquí y una tuerca allá, presionando, sacudiendo, tironeando, muy pronto convirtieron el arte y la literatura en una pasta de caramelo, retorcida y aplastada, sin consistencia y sin sabor.*

*Era un placer quemar.* Comienza así, de manera brillante, *Fahrenheit 451* (1953), la más hermosa de las utopías (en este caso una distopía), de este análisis, quizá la menos intelectual de las cinco (su autor no es un gran intelectual como los otros o un científico), aunque trate, irónicamente, sobre el fin del libro debido a su influencia en el libre albedrío. Es la historia de un bombero (Guy Montag), quien, en lugar de apagar incendios, los provoca, en función del control social. La novela lleva una nota inicial: *Fahrenheit 451... temperatura a la que se enciende el papel, y arde...* a la cual se refiere el título.

La *Enciclopedia de la Ciencia Ficción*, editada por **Peter Nicholls**, dice del estilo de **Bradbury**: *Poético, evocativo, conscientemente simbólico, con fuertes elementos de nostalgia e inclinación por lo macabro.*

De esta manera, *Fahrenheit 451*, continúa:

*Era un placer especial ver cosas devoradas, ver cosas ennegrecidas y «cambiadas». Empuñando la embocadura de bronce, esgrimando la gran pitón que escupía un kerosene venenoso sobre el mundo, sintió que la sangre le golpeaba las sienas, y que las manos, como las de un sorprendente director que ejecuta las*



*sinfonías del fuego y los incendios, revelaban los harapos y las ruinas carbonizadas de la historia. Con el simbólico casco numerado -451- sobre la estólida cabeza, y los ojos encendidos en una sola llama anaranjada ante el pensamiento de lo que vendría después, abrió la llave, y la casa dio un salto envuelta en un fuego devorador que incendió el cielo del atardecer y lo enrojeció y doró y ennegreció. (...) Mientras los libros se elevaban en chispeantes torbellinos y se dispersaban en un*



*viento oscurecido por la quemazón.*

El libro se divide en tres grandes capítulos, uno de los cuales lleva por título: *la estufa y la salamandra*. Montag lleva dos insignias, una salamandra en el brazo y un disco con el ave fénix en el pecho: ambos, símbolos del fuego y sus criaturas. Una noche camina melancólico por la calle (en realidad, este sentimiento impregna toda la obra) y se encuentra con una muchacha llamada Clarisse McClellan.

*—Bueno —dijo la muchacha—, tengo diecisiete años y estoy loca. Mi tía dice que es casi lo mismo. Cuando la gente te pregunte la edad, me dice, contéstales que tienes diecisiete y estás loca. ¿No es hermoso caminar por la noche? Me gusta oler y mirar, y algunas veces quedarme levantada y ver la salida del sol.*

Clarisse acostumbra practicar una de las prohibiciones penadas en ese mundo donde se reprime la libertad de pensamiento. Ella pregunta sobre el trabajo de Montag y él responde:

*—Es un hermoso trabajo. El lunes quemar a Millay, el miércoles a Whitman, el viernes a Faulkner; quemarlos hasta convertirlos en cenizas, luego quemar las cenizas. Ése es nuestro lema oficial.*

Las personas son controladas por música suministrada a través de *radios de dedal y muros de T. V.* que anuncian la actual y vacía *sociedad del espectáculo*. La esposa de Montag está atrapada en este sistema estupidizante y enajenante:

*El cuarto estaba en realidad vacío. Todas las noches entraban las olas, y sus grandes mareas de sonido llevaban a Mildred, flotando, y con los ojos abiertos, hacia la mañana.*

Más adelante podemos leer:

*Tenían esta máquina. Tenían dos máquinas realmente. Una de ellas se introducía en el estómago como una cobra negra en busca de las viejas aguas y el viejo tiempo allí acumulados. La máquina bebía aquella materia verde que subía con un lento burbujeo. ¿Bebía también la oscuridad? ¿Extraía todos los venenos depositados a lo largo de los años? La máquina se alimentaba en silencio, y de cuando en cuando dejaba oír un sonido de sofocación y búsqueda a ciegas. Tenía un Ojo. El impersonal operador podía, con un casco óptico especial, observar el alma de la persona a quien estaba bombeando. ¿Qué veía el Ojo? El operador no lo decía. El operador veía, pero no lo mismo que el Ojo. La operación no dejaba de parecerse a una excavación en el jardín. La mujer tendida en la cama no era más que un duro estrato de mármol recién descubierto. Adelante, de cualquier modo; afuera con el aburrimiento, saquen la*



Año XI. Número 19, tercera época. Abril-Junio 2013.

---

*vaciedad, si las pulsaciones de la serpiente aspirante pueden extraer esas cosas...*

La mujer de Montag se ha intoxicado —¿ha intentado suicidarse?— ingiriendo gran cantidad de tabletas de dormir. Aunque el pasaje no aclara el sentido de este acto, es obvio que algo anda mal en esa sociedad:

*—Mire —el hombre se alejó hacia la puerta—, tenemos que irnos. Acabamos de recibir otro llamado por la radio de dedal. A diez cuerdas de aquí. Algún otro que se ha tragado una caja de píldoras.*

Montag comienza a entender; por medio de Clarisse, abre los ojos a la realidad en la cual se encuentra inmerso. Ella le enseña el valor de las cosas sencillas: un ramillete de flores, nueces en un saquito, hojas otoñales sujetas con alfileres en una hoja de papel, la lluvia, el sol... *¿Ha olido hojas viejas? ¿No huelen a canela?* Él regresa a su rutina. *Montag, algo gracioso. Lo oí esta mañana. Un bombero de Seattle preparó un Sabueso para que reaccionara ante su propio complejo químico y luego soltó a la bestia. ¿Qué clase de suicidio será ese?* Pasan los días. *Y Clarisse había desaparecido. Montag no entendía qué pasaba con la tarde. Clarisse no estaba allí y la tierra parecía vacía, los árboles vacíos, la calle vacía.*

Los diálogos en la novela están contruidos a partir de frases repetitivas, huecas, que ejemplifican el estado mental de los ciudadanos, desde la indiferencia con la cual Mildred le avisa a Montag que la chica de al lado (Clarisse) ha muerto, hasta la simpleza que inunda la conversación acerca de los programas televisivos que su esposa mira diariamente y su falta de sensibilidad ante el dolor ajeno:

*—Yo pasé una linda noche —dijo Mildred, desde el baño.*

*—¿Qué hiciste?*

*—Estuve en la sala.*

*—¿Qué había?*

*—Programas.*

*—¿Qué programas?*

*—De los mejores.*

*—¿Con quién?*

*—Oh, ya sabes, gente.*

*—Sí, gente, gente, gente.*

*Montag apretó los ojos doloridos, y de pronto el olor del kerosene lo hizo vomitar.*

*Mildred entró en el cuarto, cantando en voz baja.*

*—¿Por qué hiciste eso? —preguntó sorprendida.*





*Montag miró desanimadamente el piso.*

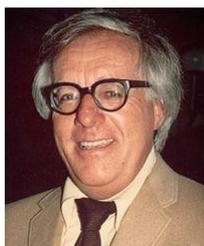
*—Quemamos a una vieja anoche.*

*—Por suerte la alfombra es lavable —dijo Mildred. Trajo un estropajo y lo pasó por la alfombra—. Anoche fui a casa de Helen.*

Montag roba un libro de la casa de la anciana que se sacrifica, prendiéndose fuego ella misma, pero que ha logrado conmovier al bombero y se entera que Clarisse ha desaparecido porque *no quería saber «cómo» se hacen las cosas, sino «por qué»*. La siguiente frase demuestra las bases sobre las que descansa la distopía: *uno empieza con los porqué, y termina siendo realmente un desgraciado. La pobre chica está mejor muerta.*

Montag se transforma en un lector clandestino. Entra en contacto con la poesía. Un día los bomberos llegan a su casa. Montag escapa. Se envían tras él los Sabuesos, robots rastreadores, para cazarle. La persecución es televisada. El Sabueso mata a cualquier otro. *Un crimen contra la sociedad ha tenido su castigo.* Encuentra una hermandad secreta de lectores que viven a lo largo de las abandonadas vías del ferrocarril. En una sorprendente revelación, se entera que todos esos hombres han leído y memorizado libros completos para conservar la cultura del libro: *Quiero presentarle también a Jonathan Swift, autor de ese malvado libro político, ¡Los Viajes de Gulliver! Y este otro señor es Charles Darwin, y este otro Shopenhauer y éste Einstein, y éste que está a mi lado el señor Albert Schweitzer, un filósofo muy amable, por cierto. Aquí estamos todos, Montag. Aristófanos, y Mahatma Gandhi y Gautama Buda, y Confucio y Thomas Love Peacock y Thomas Jefferson y el señor Abraham Lincoln, si gusta. Somos también Mateo, Marcos, Lucas y Juan. (...) Miles en los caminos (...) Algunos de nosotros viven en pueblos. El capítulo primero de Walden de Thoreau en Green River; el capítulo segundo en Willow Farm, Maine...*

Montag forma parte de esa sociedad, memoriza el libro de *Eclesiastés* y toma conciencia de que él, y todos los lectores-libros, como él, inundarán las ciudades y triunfarán algún día.

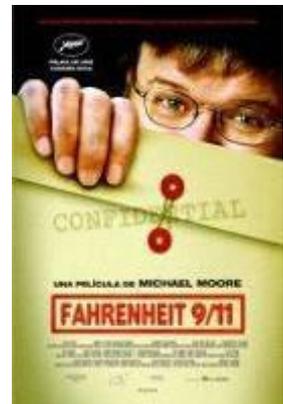


**Bradbury**

La obra de **Bradbury**, cercana muchas veces a la imaginación de los cuentos de hadas (alguna vez comentó que no se considera verdaderamente un escritor de Ciencia-Ficción), ganó la simpatía de los «literatos serios» a partir de la publicación de *Fahrenheit 451* de tal manera que empezó a ser estudiado desde el punto de vista literario, y muchas escuelas le incluyeron como lectura obligada. El libro fue escrito durante el periodo de la «caza de brujas», la política que el Senador **Joseph McCarthy** emprendió contra la libertad en los Estados Unidos, país que, muchas veces (y que se repite durante la era Bush),



ha estado al borde de transformarse en un estado policial. Pero no sólo eso, el autor dijo en cierta ocasión que tenía presente a **Hitler** y la quema de libros cuando escribió la novela, pero, también, el descubrimiento de un documento datado en 1790 y firmado por **Benjamín Franklin**, que autorizaba a los bomberos a quemar todo libro británico en la naciente Unión Americana. **Francois Truffaut** llevó al cine la novela en 1966 (una pésima adaptación) y entró en debate con los abogados de la Universal que no se querían ver involucrados en procesos penales por mostrar la quema de libros de autores connotados como **Faulkner**, **Sartre** o **Proust**, pero, al final, se le permitió citar todos los libros y autores que quisiera, a los que el director consideraba como personajes en la trama; contratiempo que recuerda los que tuvo que sufrir el mismo **Bradbury** cuando sirvió de guionista en Hollywood. Se decía que **Frank Darabont** dirigiría a **Tom Hanks** en el papel de Montag, en la segunda versión en 2008. En 2004, el controvertido director de documentales **Michael Moore**, jugando con el título de la novela de **Bradbury**, rodó *Fahrenheit 9/11*, con la cual casi destruyó la enloquecida administración **Bush** y que le valió el premio Óscar. *Réquiem por un Sueño*, la película que **Darren Aronofski** dirigiera en el año 2000, es un tenebroso recordatorio de la obra de Bradbury, aunque la visión de **Aronofski** sea dura, directa a veces, alucinante otras, y más cercana a nuestro tiempo. *Réquiem por un Sueño* quizá no bebe directamente en las fuentes de *Fahrenheit 451*, pero no cabe duda que participa de sus mismas pesadillas: el sueño americano está muerto, se sofocó bajo las pantallas de T. V. y la ignorancia voluntaria. En 2007 **Bradbury** obtuvo una mención especial honoraria del Premio Pulitzer por su destacada carrera como escritor de Ciencia-Ficción. La frase con la que abre su otra gran novela antes mencionada, *Crónicas Marcianas*, bien puede aportar la clave para acceder a su particular quehacer literario: *Es bueno renovar nuestra capacidad de asombro –dijo el filósofo–. Los viajes interplanetarios nos han devuelto a la infancia.*



**Bradbury** es un hombre que, conscientemente, nos advierte sobre la pérdida de la inocencia en el mundo actual y el alto valor espiritual que tiene la recuperación del espíritu de la infancia.

© Pé de J. Pauner

**PÉ DE J. PAUNER** (Tuxpan, Veracruz, México, 1973). Narrador, ensayista, *performer*, crítico de cine y arte, activista y biólogo terrestre (en este caso firma sus artículos como Pedro Paunero). Autor de *Labellum* (novela erótica). Fundador de Arco Iris, a.e. (asociación ecologista). Ganador de premios de cuento breve. Ha participado en antologías mexicano-catalanas, australianas y latinoamericanas.



## LA DUALIDAD HOMBRE-BESTIA PRESENTE EN EL OTRO ENGENDRO DE CARLOS SALDIVAR

por Charly Martínez Toledo

En el presente texto, Charly Martínez nos comparte una sobria e interesante reseña del libro *El otro engendro*, del autor peruano Carlos Saldivar. En ella, pone énfasis en esa dualidad que constituye la naturaleza humana: lo racional y lo irracional, lo natural y lo civilizado, y destaca las bondades de una obra en el que el amor y la crueldad se entrecruzan por los caminos de la misantropía.

Entre las muchas particularidades que posee la conciencia humana está la de servir como escenario donde se libra una perpetua y enconada confrontación dual, y donde constantemente se elucubran pensamientos e ideas de diversa índole, las más de las veces asimilando parámetros de fuera, pues todo concepto que adquiere el hombre a lo largo de todo su aprendizaje se encuentra *a priori* ubicado en algún punto del espacio-tiempo (también, por qué no, en el imaginario colectivo) y estimula la base de su subconsciente, para luego emerger hacia el consciente. Esta imbricada heterogeneidad de pensamientos e imágenes nos singulariza respecto a otras especies, preexistiendo siempre una escisión entre lo *racional* (trasuntado en actos ecuanímenes, orientados por los patrones que moldean las saludables relaciones sociales) y lo *irracional* (llámese así, en este caso, a cualquier afán violentista injustificado, carente de sentido común, aunque cabría diferenciarlo de las llamadas *manifestaciones de ruptura*, siempre y cuando dichas *manifestaciones* estén enmarcadas en los estrictos límites de lo intelectual o artístico recordándonos, así, a **Joyce** cuando decía que las victorias y las conquistas del intelectual son las del pensamiento). Ambos, el lado pensante y el lado brutal, andan en continua disputa por establecer –vaya ironía– su hegemonía. La liberación cognitiva debería de ser un vector orientado hacia el primero, es decir, el lado pensante. La civilización contemporánea (entendida en su concepto más global) juega un papel contrario a las esperanzas del hombre de llegar a alcanzar una –esperemos– no muy lejana sofisticación evolutiva, angustiándolo y volviéndolo presa de la *cosificación*, confinándolo a una *polis* que se vuelve contra él y que, a fin de cuentas, es obra suya. El llamado *homo videns* se pierde entre los enormes rascacielos, los automóviles de motor ensordecedor y, lo más grave, la bestialidad de sus semejantes; todo esto no hace sino volverlo más salvaje, desmoronándolo irremediablemente.

¿Y quién o *qué* vino a dar el ejemplo de *racionalidad*? La bestia: aquel arquetipo que transfigura el estado anterior al principio de la conciencia humana, alejándolo del impetuoso *horror vacui*, elevando al hombre a una naturaleza *cuasi*



metafísica. Lo anterior se puede apreciar mejor en *El otro engendro*<sup>1</sup> (E-books, Alfa Eridiani, 2012) del joven escritor **Carlos Saldívar** (Lima, 1982). En esta especie de parábola disfrazada de *nouvelle*, la intención de su autor es más que específica: dejar bien en claro las repercusiones de la perversidad humana sobre *psiques* relativamente primitivas o influenciables (esto último es equiparable al discurso del tirano sobre las masas sometidas o a la maldad que algún adulto pudiese inculcar a un infante, ambos claros ejemplos del *homo homini lupus*) llevándolas hacia el desastre, sepultándolas en la sinrazón de la barbarie.

Bien, *El otro engendro* nos narra, en un comienzo, el encuentro furtivo del joven estudiante de medicina Peter Fedrich Dacois Tercero, descendiente de una casta de afamados *médicos e investigador incansable de los secretos más recónditos ubicados dentro del cuerpo humano* (como él mismo se denomina) con la dulce chiquilla Agnes –con la cual mantenía amoríos desde la escuela– y entregada –contra su voluntad– por esposa a un rico comerciante alemán. Así, en un carruaje conducido por el esposo de la sierva de Agnes, ésta llega a la cita pactada en el bosque, aunque disfrazada de hombre *para que las autoridades del lugar no la reconocieran ya que no sabía con certeza quién podía tener amistad con su esposo*. Allí, ya caída la noche, la pareja dará rienda suelta a su romance y, luego de consumada la pasión, Peter llegará a percibir *que una sombra enorme se movía a unos diez metros tras unos árboles*; esto lo pone nervioso y decide ir en busca del supuesto gigante, pero lo piensa bien y prefiere esperar a que amanezca, para poder ver con más claridad. Al día siguiente, tras despedirse de su amada, Peter no encuentra el bolso de cuero que había dejado junto a un árbol. Algún ladrón, seguramente. Peter se percata de que por allí hay unas huellas y decide seguirlas armado con un filoso y largo estilete que había escondido en su pierna izquierda. Llega a una pequeña huerta y, más adelante, encuentra un modesto chalet de madera, lo rodea y –siempre siguiendo las pisadas– se topa con un cobertizo, donde conocerá a la bestia o al *ser más asombroso e infeliz del universo*. Ésta vive ocultándose de los habitantes del chalet –un anciano ciego, sus dos hijos y una joven árabe–, recordándonos dicha condición de ostracismo al cuento *La bestia* de **Luis Loayza**. La búsqueda le había llevado casi toda la tarde.

Entre ambos personajes se desarrollará una conversación de alcances metafísicos, haciéndose muy notoria la confrontación dual en la *psique* de Peter (hombre de mundo cruel y soberbio, de un cerebralismo escalofriante; es más que irónica su sensibilidad por la literatura clásica) y, en la otra cara de la moneda, la

<sup>1</sup> <http://www.angelfire.com/freak/alfaeridiani/epubs/epub009.epub> y <https://www.dropbox.com/s/w35xdbxhi5boldv/ebook0009.pdf>



sublime inocencia-esencia del monstruo, que anhela entender el significado de aquella escena sexual entre Peter y Agnes y que él, agazapado tras las tinieblas, cual *voyeur*, ha llegado a presenciar, llegando a sentir algo especial hacia la chiquilla; transcribo: *Sí, me gustó. Tú y ella juntos, tan hermosos los dos, recostados sobre una sábana blanca, besándose con fuerza, adoptando posiciones extrañas. Susurrando como emborrachados, como poseídos por algún espíritu del bosque. No vi mucho, sólo estuve allí pocos minutos, no obstante la hermosura de ella permanece en mí como un divino recuerdo. Al verla haciendo eso sentí muchas cosas: que mis músculos se endurecían, que un sol llameaba dentro de mi estómago, que el sudor recorría mi espalda, mis brazos, mis piernas y los lados de mi dura cabeza. Anda, dime Fedrich, ¿qué significado tuvo eso?* Luego, en otra parte del texto, pregunta, refiriéndose a la cópula. *¿Los hombres lo hacen por deseo y las mujeres por amor?* Es notable el grado de raciocinio al cual ha llegado. Asimismo, Peter le increpará –entre muchas otras cosas– el haberle robado su bolso de cuero (*eres un ladrón. Un vulgar y apestoso ladrón, le dice*) que contenía libros (*El paraíso perdido* de **Milton**, *Vida de los hombres ilustres de Grecia y Roma* de **Plutarco** y *Las desventuras del joven Werther* de **Goethe**) manifestándose en aquel ser un alto grado evolutivo y de curiosidad intelectual.

Sosteniendo, como desde el inicio, la intensidad un controlado –pero eficaz– *in crescendo*, la trama nos revelará más cabos ocultos dentro de la misma: así, descubriremos que *la bestia* ha sido creada por Víctor Frankenstein, joven estudiante ginebrino, deseoso de *vencer a la muerte*; nos enteraremos también, a través de la lectura en voz alta que hace Peter de una parte de ciertos manuscritos que ha dejado el *genio* –y con *la bestia* escuchándolo atentamente– cómo éste reniega de su creación, llamándola *abominación* o implorando *que alguna fuerza divina se lo lleve al infierno* porque tal deformidad no merece *ni siquiera la oportunidad de deslizarse por nuestro universo*, despertando en Frankenstein (así lo ha bautizado Peter, en honor a su progenitor) profundos sentimientos de tristeza, añoranza y también de rabia ante el padre irresponsable; son sentimientos inherentes al ser humano, al parecer ajenos a alguien cuya condición es artificial, aunque en el texto se nos demuestre lo contrario. Instigador, vengativo, decidido a acrecentar la maldad de Frankenstein, Peter lo azuzará a cometer crueldades contra quienes pudieran rechazarlo, incluyendo a su creador.

El accionar del estudiante constituye la más abyecta demostración de iniquidad humana, frente a la naturaleza presente en un ser distinto a nosotros al cual ni la soledad ni el abandono han podido mermar o trastocar. *¡No, por dentro no soy una bestia!*, exclama la criatura, queriendo eliminar el sinsabor, excluyendo cualquier conceptualización superficial que pudiera generar su horripilante revestimiento. *¡Eres un demonio por dentro y por fuera!*, refuta Peter, más indómito que nunca. He ahí el fatal contraste.

---



*El otro engendro* constituye, pues, una buena *nouvelle*, donde la relación amorosa entre Peter y Agnes tan sólo sirve como mera excusa o *introito* para luego presentarnos otras cuestiones existencialistas (como la dualidad hombre–bestia o la eterna lucha entre lo racional y lo irracional, por ejemplo); en los pocos capítulos que le dedica el diestro **Saldivar** (claramente influenciado por novelas donde los amantes *huyen* de la mirada inquisitoria del resto, como *El mundo sin Xochitl* de **Miguel Gutiérrez** o *Romeo y Julieta* de **Shakespeare**) se mantiene una lograda intensidad, atrapándonos con una prosa ágil y embelesándonos con algunos ribetes poéticos (por lo general de tinte amoroso) llegando a ocupar *lo furtivo* un primer plano. Lo mismo sucede en la conversación sostenida entre Peter y Frankenstein, que por momentos nos produce un remezón debido a la marcada frialdad del primero y también –por qué no– nos conmueve al encontrarnos con situaciones donde la más pura inocencia se singulariza, cual flor en medio del charco.

Frustración, crueldad, nihilismo, AMOR, son elementos presentes en esta entrega impregnada –a mi criterio– de cierto halo de misantropía o desdén por el ser humano, pues se nos muestra –casi en su totalidad– su lado corrosivo desmitificando, además, la naturaleza supuestamente inicua de Frankenstein, aunque finalmente –en una suerte de metástasis– sufra los embates de esta *civilización* (el otro engendro) que no hace sino trastocar naturalezas.

**Saldivar** hace gala de una prosa directa, sin pretensiones estilísticas o revestimientos barrocos, y entre sus mayores virtudes está la de gustar desde las primeras líneas; en cuanto a las descripciones, éstas son adecuadas, precisas, los diálogos muy bien manejados. A pesar de todos estos méritos, no se encuentran ausentes ciertas oraciones trilladas, románticonas (*sólo los dos existíamos en el mundo o la luna nunca se había visto más bella*, pero que para nada deslucen la calidad del texto, pues el autor de *Historias de ciencia ficción* sabe usarlas con maestría, acoplándolas muy bien al discurrir de la historia y haciéndola más atractiva. Luego de concluir la lectura surge la pregunta: ¿Está realmente civilizado el ser humano? ¿Quién es más racional, el hombre o la bestia? Para reflexionar.

© Charly Martínez Toledo

**CHARLY MARTÍNEZ TOLEDO** (Lima, 1984). Miembro del movimiento literario *Di-versos* y del grupo de Literatura Fantástica *Locus*. Hace algunos años realizó diferentes homenajes a destacados poetas en la universidad Enrique Guzmán y Valle, *La Cantuta*. Reseñas, poemas y entrevistas suyas han aparecido en las revistas: *Sol de ciegos*, *Remolinos*, el diario *Los Andes* de Perú, *Letras s5* de Chile y en la muestra de poesía peruana actual *Cuervo iluminado* (Pájaros en los Cables Editores). Algunos blogs también han acogido sus creaciones.



# ENTREVISTAS

## ENTREVISTA A FABIÁN ÁLVAREZ LÓPEZ

por José Joaquín Ramos

En las siguientes páginas Fabián Álvarez López nos comparte las razones que le han llevado a consagrar su vida literaria a la poesía y a la ficción narrativa, al tiempo que nos explica cuáles son los autores que más lo han marcado y los elementos que dan cauce a su proceso creativo.



### **¿Cuándo empezaste a escribir? ¿Quién te leía al principio?**

Empecé a escribir a los 12 años. Al principio no me leía nadie, claro. Creo que mi primer cuento se lo dejé leer a mis padres. Mis primeros poemas fueron poemas de amor.

### **¿Cómo es tu proceso creativo? ¿Qué ocurre antes de sentarte a escribir?**

Me gusta escribir relajado, en mi cuarto, con música de fondo. Visualizo las escenas en las que tiene lugar la historia que estoy escribiendo, y luego les añado detalles auditivos, olfativos... Soy bastante sensorial, incluso cuando escribo lo que los personajes piensan.

### **¿Cómo te encuentras más a gusto escribiendo, primera persona o tercera persona?**

No tengo una preferencia particular, aunque suelo escribir la poesía en primera persona y los relatos en tercera. Creo que la voz se expresa mejor así. Sin embargo, también he escrito poemas en tercera persona y relatos en primera.

### **¿Qué influencias has recibido a la hora de escribir? ¿Cuáles son tus autores preferidos?**

Leo mucho y muy variado. No sería quien soy sin Julio Verne, C.J. Moore, Neil Gaiman, Octavia Butler, Moebius, Alison Bechdel, H.P. Lovecraft, Howard Cruse, Virginia Woolf, Isaac Asimov, Clark Ashton Smith, Neal Stephenson, Clive Barker, H.G. Wells y muchísimos otros. Pienso que en unas obras se perciben más influencias y en otras, otras. No tengo un único autor del que soy discípulo. Me considero hijo del cosmos literario.

### **¿Cuáles personajes de esos autores te resultaron más creíbles, de cuáles te «enamoraste», cuáles son los que más frecuentemente llegan a tu memoria**



### **mientras escribes? ¿O ninguno?**

No hay una lista breve de personajes de los que me acuerde mientras escribo o de los que me haya enamorado. Si tuviera que mencionar tres personajes de los autores que he mencionado, nombraría a Morpheus (de Neil Gaiman), Christopher Carrion (de Clive Barker) y Mo (de Alison Bechdel). Hay otros personajes que atesoro, pero la lista es demasiado larga.

### **Según tu experiencia como lector y escritor, ¿qué hace que un personaje resulte «vivo»? ¿Cómo creas los tuyos?**

Me gustan los personajes redondos y creíbles, que parezcan personas y no personajes, y así es como creo los míos. Por ejemplo, Tatiana Ivanovi de Medeiros, en *Moral e Imperio*. Pienso en sus ideas, en sus rasgos físicos, en dos o tres características de su personalidad, y luego les doy forma y los visualizo mentalmente.

### **¿Es así como encontraste definidos los personajes que más te conquistaron? Me refiero a los de Verne y los demás.**

La construcción de personajes, en general, no ha sido un punto fuerte de la ciencia ficción. Los personajes de Verne, por ejemplo, suelen ser poco más que portavoces de ideas. Le pasa lo mismo a los de Isaac Asimov. Pienso que las técnicas para crear y definir personajes las he aprendido, sobre todo, en obras que no entrarían dentro de la definición tradicional de «ciencia ficción».

### **¿Cuáles son, según tú, los ingredientes básicos de una historia?**

Unos buenos personajes con motivaciones interesantes y un mundo que funcione en torno a ellos, pero no con ellos como centro.

### **¿Qué lugar ocupa en tus proyectos la definición de la trama de una historia?**

Mis tramas no suelen ser rígidas. Más que crear una trama, suelo crear personajes con motivaciones dentro de un ambiente, y dejo que actúen por su cuenta. A veces es necesario introducir eventos externos; otras no.

### **Cuando te pones a escribir, ¿cómo lo haces? ¿Escribes todo por pantalla, imprimes mucho, tienes una idea preconcebida de lo que debe salir, tienes algún esquema que luego vas ampliando?**

Suelo escribir un primer borrador, todo seguido, y luego corregirlo directamente en pantalla. No suelo hacer copias impresas ni esquemas, salvo en obras muy largas.

### **¿Cuánto de autobiográfico hay en lo que escribes? ¿O es todo simplemente imaginado?**

Pienso que hay bastante contenido autobiográfico, incluso en lo que imagino.



Pero ese contenido autobiográfico puede consistir, simplemente, en algo que he visto o leído, o algo sobre lo que he reflexionado.

**¿Recibes alguna respuesta, réplica, de los lectores? ¿Sueles pedir consejo a lectores, o a otros autores?**

No pido consejo muy a menudo, pero cuando lo pido lo tengo en cuenta. Tal vez quiera ampliar esta respuesta.

**¿Hay algo que no te hayamos preguntado y quieras decir ahora?**

Considero que la ciencia ficción no es en absoluto una literatura de género; es un modo distinto de concebir la realidad literaria. No es un *género* literario; es un *modo*. Siguiendo a Darko Suvin, uno de mis ídolos y modelos, diré que para mí la ciencia ficción es la literatura no mimética que habla de lo que no existe en el mundo del autor ni ha existido, pero podría existir u ocurrir dentro de los conocimientos científico-técnicos de ese autor y su época, mientras que la fantasía es la literatura no mimética que habla de lo que no existe ni podría existir. La ciencia ficción está sujeta a la capacidad visionaria del autor, particularmente sobre el avance de la ciencia y la tecnología.

**FABIÁN ÁLVAREZ LÓPEZ (Madrid, 1974), filólogo inglés, fue animado desde muy pequeño por sus padres a la lectura. Profesionalmente, *Nuevos Fragmentos del Futuro* es su primer libro en solitario. Antes había publicado en fanzines, como ELFOS, Pulsar, El Sitio de Ciencia Ficción y en Alfa Eridiani, donde le descubrió su actual editor, JOSÉ JOAQUÍN RAMOS. También ha participado en dos antologías de comics, como guionista, una publicada en Estados Unidos y la otra en España.**